

# OCEANOS DE NECTAR

Tarik Carson



Ediciones Liter Área Fantástica

# Océanos de Néctar

c) Tarik Carson, 1992

Ediciones Liter Área Fantástica (<http://www.literareafantastica.com.ar> )

Ilustración de tapa: “Néctar” © Tarik Carson, 2000

Segunda edición digital, Mayo de 2021.

## Prólogo

Cuando me comprometí a resumir los hechos de esta terrible historia, la primera objeción de rechazo se fundó en lo escandalosamente pedestre de sus comienzos, porque los cánones de la artesanía proponen la liberación de algunos fogonazos, por decirlo así, a la entrada, como quien no quiere la cosa, y para hacer saltar al lector con una especie de inesperado sopapo cariñoso.

El capitán, que también era el capitalista, se sintió en su materia y argumentó: “Roma inseminó sus valores en el mundo arrodillado, y Alejandro fecundó el camino hasta Persia, y usted ahora, válgame Dios, no quiere asentar y rechaza las tonterías de una época por consabidas que estén.”

Un minuto después lo entendí así. Los primeros colonos privilegiados que dejaron la tierra hicieron algo parecido a los imperios, en su ratonera medida. Llevaron al espacio las oscuridades, los tonos medios, y hasta su jerga ramplona y limitada. Y, contradiciendo la razón, regaron con orgullo lo que debían asolar en su cultura.

Bien, así me sometí a disponer unos primeros capítulos baladíes y faltos de imaginación, obscenos en su mayor parte, para no ofender la orgullosa e invencible sabiduría terrestre. Y lo que empezó como un simple acto comercial de toma y daca (por parte de un profesional que rompió un código por la codicia de su mujer), acabó en un espantoso caso de confluencia y fusión de culturas, tal vez mínimo al fin, pero cuyas consecuencias calamitosas y arrogantes justifican generosamente esta historia.

## LOS DE MEIMI

### I

El doctor Pigot llevó dos cajones de plástico y los encimó junto al muro que separaba el extenso patio de su casa del extenso patio de la casa lindera. Alzando la cabeza, su nariz tocó el borde del muro; alzó el largavista y se puso a observar la cochera. Había cuatro autos, y el vecino observaba cómo un lacayo los limpiaba con la manguera. Correteaban alrededor un par de perros de mixtura genética, que el vecino usaba para entretener a sus hijos. Pigot no pudo ver ni a la mujer ni a los hijos. Observó con qué ropas se vestía el hombre, y esperaba avistar también la actitud y vestimenta del resto de la familia. La casa, como los autos, no había sufrido modificación desde las semanas anterior. Con alivio, Pigot no pudo contabilizar ni una sola adquisición considerable...

De repente, el doctor saltó al suelo, soltando el largavista, que le golpeó fuertemente el pecho hasta quedar suspendido de la correa. Tomó un cajón en cada mano y huyó furtivamente hacia el cobertizo. Luego, sacando la cabeza, ojeó el cielo. No tardó en ver el ominoso helicóptero de vigilancia con los soldados, sus largavistas y las armas pesadas. El aparato no emitía más que un zumbido casi inaudible, y sobrevoló el patio durante unos minutos y luego desapareció lentamente dando un gran giro hacia la intersección de los canales Copérnico y Galileo, hacia la zona del Gran Pulmón.

Cuando el doctor entró a la cocina, la sirvienta terminaba de lavar la vajilla. Tomó asiento en la mesa del comedor y estuvo un rato esperando que su corazón dejara de latir agitado. Luego pidió que se le trajera la placa, la abrió sobre la mesa y comenzó a hacer cálculos. Aún le temblaban las manos. Ni siquiera vio a su mujer cuando entró a la cocina, le gritó a la sirvienta y exclamó a punto de llorar:

-¡Los de al lado se compraron la casa!

El doctor miró de reojo a su hermosa y joven mujer. Aún le temblaban algo las manos.

-¿Cuánto les costó? -preguntó, después de introducir unos dígitos en la computadora, con cierta indiferencia.

-No lo pude saber, pero no se quedaron con la que me ofrecieron durante el verano... Demasiado para ellos.

Hubo un largo silencio, mientras la mujer cambió de lugar los tiestos de flores sobre la ventana que daba al patio. El doctor siguió calculando, algo angustiado por el temblor que sentía en el cuerpo y su dificultad creciente para recuperarse ante cualquier sobresalto. El tiempo, pensó, empieza a actuar.

-Claro, no te interesa -dijo la mujer en voz baja, y con lágrimas en los ojos.- Tampoco te interesa que nos hayan quitado de la lista de compradores privilegiados del Supermercado. Que los infames figuren entre los cincuenta mejores del mes.

La casa de fin de semana tenía dos plantas, en medio de un espacio de verde artificial y algunos árboles de plástico de primera calidad. Era de un símil de ladrillos rojos, con ventanas pintadas de verde, con el techo de tejas marrones brillantes y una chimenea con una veleta oxidada en la punta. La habían copiado fielmente del catálogo de casas de campo inglesas, todo prefabricado en materiales sintéticos ensamblables y de primera calidad.

-Hace más de dos años que no nos mencionan en Ricos y Famosos -agregó la mujer-. Si estuviéramos en la Tierra no me importaría. Sería difícil... claro. ¡Pero acá!...

"La casa de la metrópoli. La casa del campo -reapasaba el doctor en la pequeña pantalla-. El consultorio. Tres automóviles. Dos poderosas máquinas mentalizadoras de ayuda para acelerar y desacelerar. Dos heladeras en cada casa. Tres microondas. Una batería completa de consoladores psíquicos de última generación. Cinco computadoras. Siete televisores, incluyendo el de la sirvienta y los lacayos. Ocho tapices símil Persia, sin incluir el que arruinó el perropana de probeta. Cinco estéreos. Cuatro vibro-masajeadores. Una docena de filtros de conformidad. Tres perros con genes retocados, dos perropana para entretenimiento de niños. Dos solaríos familiares con masajista incorporado..." Las cosas estaban enumeradas por valor, y el valor cambiaba diariamente de acuerdo a las variaciones diarias del mercado. Así podía tener cuando lo solicitara el capital invertido, los seguros y las posibilidades especulativas y el posible rendimiento de ese capital.

Luego de oír a su mujer, y mirar aquellos datos del día, el doctor se quedó con la mirada perdida en el rojizo horizonte que atisbaba por la ventana.

-A ti te interesa hacerte implantes, inyectarte drogas en la cara. Quitarte la grasa cada tres meses. Y te ves bien. Todos los dicen. Para tu edad. Hasta tienes alguna erección todavía... ¡Qué me importa ella! -agregó en voz alta, mirando hacia donde estaba la sirvienta de espaldas-. Pero, claro, que tu familia no te importa demasiado. El nombre de tus hijos, tampoco. Es natural, vives tu egoísmo y que tu mujer se... No me das dinero para implantes, pero tu sí los quieres, ¿he? -la mujer vocalizaba con la monotonía del rezo y ya no parecía muy deprimida. Sonreía con los ojos fijos en la cara del doctor.



-Pero no necesitas implantes -dijo el, en voz baja, mirándola de reojo.- Te compré a los niños, para que no te estropearas. ¿Qué más puedo hacer? No estás mal, te faltan años para empezar a descomponerte.

-¡Pero tu no necesitabas implantarte ojos verdes! ¡No puedes disimular tu origen turco!... Es inevitable... ¡Un excelente pedigre de cráneo achatado!

Pigot plegó la computadora, y, como hacía todos los sábados, cuando sus hijos no estaban en la casa, dejó a su mujer hablando en la cocina y se fue a refugiarse dentro de un automóvil. A semejanza del vecino, había sacado a los tres de la cochera y los tenía alineados sobre el césped como si sirvieran en una exposición. En su caso, sólo prefería el Rolls y el alemán, ambos del siglo anterior. Se sentó al volante del alemán y se puso a meditar. "Es verdad -pensó-, los fines de semana son muy melancólicos en acá. En la Tierra no eran así. Pero, ¿cómo los puedo evitar? No está bien. No puedo soñar con lo imposible." Algo lo molestaba. No era la huida instintiva arrastrando los cajones, ni el susto injustificado, pues nada la debía al Estado. "Es, concluyó, el asunto de esta insignificante rata de al lado." Suspiró. Luego se rio; le causaba gracia la palabra "rata". Elaboró diversas figuras más ingeniosas: "animal del queso", "hinchazón de excremento en kerosene", "sabandija quesera", "comadreja domesticada".

Antes de dormir, se alejó de estos ingenios literarios y llegó a una aritmética definitiva: enseñaría a un par de lacayos a manejar. Con sus influencias y amistades lograría los permisos, y entonces sí, él viernes al atardecer traería el Rolls, su mujer conduciría el alemán, y los lacayos el resto de los automóviles. Entonces, todo estaría emparejado. Se arrellanó y buscó un pensamiento más afectuoso, más satisfactorio. Sonrió nuevamente. Se removió en el asiento, y sintió un atisbo de erección. (Aquellos medicamentos eran sin duda efectivos.) El pantalón lo presionaba algo y lo aflojó en la entrepierna. Era el hecho de pensar en Meimi lo que le producía el entumecimiento. Era algo muy grato, muy refrescante. Recordó el día en que la había abordado con el ultimátum. Había dicho con énfasis que se buscaría a otra secretaria... Había trabajado con él dos años, y él... Así que... se le dijo. O una cosa o la otra cosa. No habían buenos trabajos. Realmente no habían muchas oportunidades. Y resultó bien. Ahora le daba cierto miedo, algo había ocurrido. Al principio se sentía repugnada. Volvió a sonreír. No debía mostrarse débil, ella se estaba apegando mucho. Demasiado. Debería ser algo rudo, quizá. No había mucho trabajo en ningún lado. Demasiada gente. Eso le daba cierta ventaja, poco honorable, sin duda. No le gustaba la situación, pero... Dormitó con pacífico placer, percibiendo cómo las válvulas se abrían y la sangre se retiraba lentamente. La Providencia lo había favorecido, y lo agradecía a diario. Era consciente. Ya había comenzado su descomposición, sí, pero aún tiraba bien por aquel lado.

Quince minutos después se despertó con un sobresalto y se irguió agitado. Bien encerrado, el vehículo mantenía un calor desagradable con olor a la silicona del cuero artificial, pero eso a Pigot le producía una distensión quizá mejor. El corazón se tranquilizó y se sintió feliz, encendió la pequeña placa y miró un partido de fútbol y un programa de chistes sexuales salpicados con gruesas palabrotas transmitido desde la Tierra. Un programa que veían y seguían diez mil millones de personas. Luego, tal vez, según como se sintiera, volvería al primer automóvil, y así prolongaría su rutina de otro fin de semana feliz en familia.

Durante todo el día siguiente, que era domingo, su mujer no le habló. Pigot pensó que, tal vez, la situación debía componerse de alguna manera clara. Y dejó que las cosas prosiguieran de igual manera, hasta que ella olvidara aquel asunto de los vecinos y de la casa al borde de los polos y los glaciares. Aunque... después nada se olvidó, y, al revés, el doctor también empezó a sentir cierta inquietud, ese temblor que lo poseía cuando corría diez metros o se despertaba hostigado por las pesadillas. Había sentido similitudes miles de veces, o como cuando había adquirido la enésima heladera gigante, o cuando compró el segundo auto antiguo (era un Rolls Royce de la década de 1930, por el cual tuvo que pagar una fortuna a un coleccionista, porque allí había sólo tres autos similares). Y ahora, nuevamente, allí estaba la "inquietud", y emparejadas las irrefutables ideas positivas de la nueva edad. Así que, durante otro domingo, después de tantos fines de semanas felices y monótonos, se reveló directamente.

-A mí también esta idea me hace mal -confesó-, pero, en este momento, solamente podríamos hacerlo con un crédito. Y no dan créditos si no tienes algún conocido muy poderoso...

-Tú sabes muy bien cómo conseguirlo -dijo ella, señalándole el pecho con el índice-. Ya lo hiciste en el pasado. ¡Lo sabes muy bien!

-De acuerdo -asintió él-. Pero a mi primo ya no puedo recurrir, ya sabes que se niega a recibirnos. A tus parientes tampoco. La idea de cortarles los grandes regalos de fin de año fue tuya... Al del Ministerio hace mucho que no le ofrezco ningún servicio de valor... Quiero decir, que no viene a pedirme favores... No, no podemos hacerlo ahora.

-Tú sabes que sí puedes hacerlo. Algo tendrás para ofrecer.

-¿Ofrecer? ¿A quién?

-Acabas de mencionar a tu amigo en el Ministerio.

-Sí, sí, pero hace demasiado que no recurre a mis servicios. Además, fue mi amigo en la escuela. ¿Hace de eso?...

-Tal vez deberías ir tú a ofrecerlo.

Es que no hay nada que ofrecer. Además, él es un cabezota blanca.

-Bueno -dijo ella-. Nosotros elegimos las cabezas rojas. No estamos en la Tierra. El no es mejor que nadie...

Hubo un largo silencio.

-¡Tú sabes bien que lo puedes fabricar si quieres! - insistió ella apuntándolo con el dedo de nuevo porque sabía que eso lo agitaba bastante-. Ellos necesitan... Tu lo sabes. Andan buscando informaciones. ¡No importa qué! Lo sabes. Es que no comprendo por qué siempre pones trabas a ese trabajo. Es un trabajo, un servicio... Pero, siempre te niegas. A ti no te va a pasar nada, al fin y al cabo. Es sólo un servicio que nadie conocerá. Siempre existió y nunca nadie lo supo. Todos tus pacientes son del gobierno, banqueros, comerciantes...

-No lo sé -dijo el doctor-. ¡Y no me apuntes con el dedo nuevamente!... No lo sé. No voy a arriesgar mi prestigio. Las consecuencias...

-Si te acercaras más a ellos, tendríamos todo lo que nos hace falta... ¡Cualquier basura tiene más que nosotros! Y tu aún tienes estúpidos... Tenemos que hacer lo que hace todo el mundo.

El doctor se quedó en silencio, acariciándose una patilla. Pensó en su consultorio, en las tareas más gratas que allí le esperaban. Además, no quería discutir con su mujer. No le hacía bien y de inmediato se focalizaba en su consultorio, en la paz y las ideas positivas de la nueva edad. Cerró la boca y se quedó rígido mirando hacia el horizonte a través de la ventana. Buscaba el sonido de las campanillas que dicen que venía del espacio. Dirigió su mente, entornando los ojos, hacia los perfumados vellos púbicos negros y brillantes de Meimi. La Providencia sabía cuánto la necesitaba complaciente, diciendo sí... Bien, en momentos como aquellos.

Después siguió produciéndose más de este tipo de enredos y requiebres vocales. Luego él empezó a sentir ya fuertemente la necesidad, sobre todo cuando terminaba de observar a los vecinos, o miraba los programas en la placa gigante y las modas que se imponían en la Tierra, u oía sobre la fastuosa vida que sus colegas propalaban en el club o en el edificio donde atendía. Sentía que era un ser humano incompleto, y que le faltaban, por ejemplo, doce centímetros más de altura. A veces soñaba que moría horriblemente aplastado por un tropel de personas más rápidas o más ligeras que él. Personas demasiado ligeras... ¡Un mundo de ligeros! ¡Sin tontos con buenas espaldas para la descarga!... ¡Qué difícil se hacía la vida!... Y eso nunca le había aportado ninguna dicha. Pero, tarde o temprano advendría algo y él levantaría un vuelo mayor con su existencia. Sin embargo, con esta fe en el corazón, mantuvo el silencio. El silencio siempre le había aportado situaciones discretas y benévolas. Así que en todos esos momentos de duda, de vacío vital tan característicos del lugar, el doctor Pigot recurría a la soledad de un cuarto de baño y al Consolador Psíquico. Y más tarde, si aumentaba la desesperación, al Filtro de Conformidad, programado con diez o quince mil envíos punzantes con plegarias similares a: "Estoy conforme con lo que tengo", o: "Soy un hombre extraordinariamente feliz", o: "La vida es maravillosa". En algún momento, contra sus intereses y abjurando vilmente de las reglas del Sistema, programó cincuenta mil envíos punzantes con el nauseabundo mensaje: "No necesito comprar cosas para sentirme feliz".

Pero, a pesar de todas las panaceas cibernéticas, sabía que sería derrotado, y que sería impulsado a un acto heroico como el que le pedía su mujer. Aunque su única carta triunfal estaba oculta, todavía vigorosa y pletórica de ganas de embestir con rigideces increíbles y heridas triunfantes. Y claramente seguía los viejos libros de su oficio sobre el irrefrenable impulso inconsciente de matar. Bueno, pensaba siempre, eso se refería al placer, a la teoría que había pergeñado para su vida. A pesar de lo cual, nada más severo existía que aquel placer supremo elaborado sobre los asientos de cuero legítimo de sus automóviles antiguos.

## II

El abominable hecho fue descubierto durante una turbia mañana de la época en que los polos comenzaban a deshelarse. Soplaban vientos saturados de polvo rojo que enturbiaban la atmósfera del planeta, grandes tormentas magnéticas que inhibían las transmisiones de la Tierra y mutaban el carácter de las personas.

El lunes, el lujoso consultorio hedía terriblemente cuando la limpiadora llegó a primeras horas de la mañana. La mujer se descompuso, perdió el sentido, y el portero tuvo que atenderla sobre la gruesa alfombra, cerca de los ascensores, mientras empezaban a llegar las secretarías de los profesionales que atendían en el piso.

La gendarmería rodeó la zona. Más tarde apareció la policía militar, y se acotó el límite a los corresponsales de los noticieros y a los mirones callejeros. Los cuerpos (acaso fuera para siempre un solo cuerpo) fueron retirados con un sigilo excepcional, por medio de una gran manga de lona que se extendía de la puerta del edificio hasta una ambulancia adecuada y ancha.

Algunos días antes, con rutinario sigilo, habían llegado a la terminal de la Curva unos altos oficiales del SIS. Desde Berlín los habían llamado a la estación de Ankara, donde servían habitualmente. Sin perder tiempo, habían volado a la Zona Ingrávida, en el Amazonas, y se habían unificado de inmediato con la primer Curva estelar captable. No mucho después, estaban en el planeta.

Tal vez el hallazgo aplacó la grave originalidad del caso, el urgir del viaje. Una semana después el hecho se diluyó en un expediente secreto, aunque provocó temerarios comentarios en algún rincón de los exclusivos clubes de caballeros de la propia metrópoli, o luego en Nueva York, Berlín o Tokio en la Tierra. Además, sería imprudente afirmar que el cuerpo fue cremado, o que aún se preservara congelado o en el gel conservador. Podría estar oculto, como otras tantas pruebas de la existencia del "hecho" a través de la historia.

Un sabio antiguo escribió: "En la historia universal las acciones de los hombres dan por resultado algo distinto de lo que han proyectado y logrado, de lo que saben y esperan de sus acciones. Los hombres realizan sus intereses, pero al mismo tiempo se produce "otra cosa", de la que no se da cuenta su conciencia y no constaba en sus previsiones." Los sucesos que narraré tienen la sal de esa "cosa", que nunca está en sus algoritmos y previsiones.

En el momento del hallazgo del macabro -o memorable- fenómeno, el Sistema padecía unas peculiares condiciones existenciales.

Superado el siglo XX, la población de la Tierra se desmoldó de tal manera, que fueron indispensables drásticas e inéditas reformas en los sistemas. El hecho apremiante dio aún más potencialidad a la conquista del Sistema Solar, en búsqueda de lugares habitables.

Primero fue Venus. Lo exploraron superficialmente sin tardar en darse cuenta de la imposibilidad. Sin embargo, encontraron la extraordinaria Máscara Civilizadora, instrumento que iría a retocar la faz de cierta historia. Estaba dentro de una nave desconocida de descomunales dimensiones a punto de naufragar corroída en el océano sulfúrico.

Luego llegaron a observar de cerca a Mercurio, pero un campo de fuerza los abrazó y los arrastró hacia el sol; apenas regresaron ardidadas y extrañamente deformadas algunas naves de la flotilla.

Al fin, se encontró el planetóide con las condiciones. No había tiempo para experimentar con los resultados y efectos de la vida allí durante varias generaciones. El Sistema ideó un método migratorio original e irreversible. Las condiciones físicas eran algo similares a las de la Tierra, a la primera mirada. Si luego el planeta ejerciera influencias psicológicas, o de otro tipo, que fueran inhóspitas o nocivas para los humanos... bien, se superarían. Esto siempre lo elucubraban los individuos mejor pagados del Sistema; y así había sido en la historia, y eran infalibles.

La Máscara Civilizadora de Venus no era más que una leve estructura de un metal desconocido, no disímil a un casco de los que usaban los terráqueos del Medioevo. Los científicos no pudieron discernir qué finalidad poseía. Hasta que un día, en un laboratorio, un joven teniente se la colocó (se escindía por la mitad y tenía un par de fosas para los ojos). Durante unos segundos el teniente trepidó, luego se derrumbó sobre el piso. Se reía y el sonido de su carcajada vibraba por los ojos de la Máscara. Después de un par de minutos, no sin desesperados esfuerzos del teniente y sus colegas, chasqueó el cierre magnético. Los hombres sintieron la confortación: el teniente sonreía muy feliz. Pero tenía la cabeza y el cuello teñidos de color rojo. El pelo rojo, los ojos rojos, los dientes renegridos, la lengua como borra de vino. Lo observaron. Había sido un individuo agresivo e hiperquinético que había derrotado con desnudo a la Máquina Desaceleradora, y ahora estaba calmado, demasiado calmado y demasiado sonriente con la mirada perdida.

-Está bien, muchachos. ¿Por qué me miran así? -había exclamado mostrando la magnífica dentadura cerámica ahora roja.

Este maravilloso ingenio fue instalado en la Zona Ingrávida, y así fue posible sellar para siempre a todos los emigrantes que irían al planetoide. Tampoco hubo el tiempo necesario para certificar la bondad ulterior de la aplicación. Siguieron estudiando al teniente por el resto de su vida, y nunca supo nadie las conclusiones que extrajeron de su conducta ulterior. Pero, para consuelo, los servicios dejaron saber que el teniente estaba en mejoría, más retardado en sus acciones y reacciones, más adaptado al Sistema, más capacitado para aprender y captar todos los tipos de consejos que emitía la placa, sonriente y algo tonto en todo momento. Caminaba más despacio, se alimentaba con parsimonia, violaba con tardanzas todos sus horarios, se reía sin fundamento, siempre lo poseía cierta somnolencia...

Las autoridades no querían otra cosa para el nuevo hogar. Tal vez, en algunas décadas calmarían con la Máscara a toda la incorregible Tierra. (Sabemos que después lo harían, pero esta es otra historia sobre la devastada y cara Tierra.)



El caso pudo haber empezado un lunes por la tarde. Un día que parecía absolutamente rutinario para el doctor Marius Pigot, psiquiatra, especializado en apaciguar a los jefes de los monopolios, altos gendarmes, y hombres ricos. No menos rutinario fue el día para su secretaria, la bella señora Meimi.

El doctor Pigot tenía 57 años, era un hombre pequeño, con un tupido pelo negro injertado, una frente demasiado abultada para su barbilla de niño, gigantescas patillas canosas, una boca grande y torcida, de labios gruesos y comisuras oleaginosas. Sobresalían en su rostro negruzco los abultados ojos verdes que se había trasplantado con la garantía suscrita de que eran adecuados para su rostro. Pero, asentados, los nuevos ojos se inflamaron algo, otorgándole al doctor el leve aspecto de quien sufre un moderado ahorcamiento (una irremediable contravención del contrato firmado previamente). Sin embargo, el desliz lo distinguía y le daba una rara pincelada de exotismo, y muy reducidos eran los cabezas rojas que se podían comprar ojos semejantes. Además, el hombre tenía una bellísima mujer, de veintidós años, tres hijos perfectos, consultorio propio en el centro, casa en la metrópoli, casa en las afueras, muchos adminículos caseros, varios automóviles de lujo antiguos... como vimos.

Su secretaria, la señora Meimi, estaba casada con un pequeño burócrata y tenía un hijo pequeño, pero de su propio vientre. Era morena, alta, bien proporcionada, con un rostro oval de delicadas líneas que confluían en una sonrisa blanca y brillante que maravillaba a quien tratara con ella. Se vestía con modestia y recato, y no bien podía le hablaba a la gente, con afable y cautivadora sonrisa, sobre el cerebro genial que poseía su hijo. Jamás mencionaba a su marido y cuando emergía el tema, perdía todo interés social y se envolvía en el mutismo. Esta actitud era totalmente disímil de la actitud del doctor, que veneraba el amor que le suscitaba su bella mujer, con la cual también había seguido el ritual de la iglesia universal, con posteriores fotografías y filmaciones en un parque, frente a árboles de plástico, césped artificial de clase A, y los demás ingredientes modernos y de primerísima calidad.

De martes a jueves, el doctor Pigot atendía el consultorio por la tarde hasta entrada la noche. Pero tanto el doctor, como la señora Meimi, llegaban una hora antes de la primer consulta, aproximadamente.

El fin de semana anterior había sido soleado y el doctor había pasado en su casa en las afueras, jugando casi todo el tiempo en el prado artificial, correteando con los perros artificiales entre sus automóviles y sus hijos algo artificiales. En la mitad de la noche del sábado, su mujer le acarició lánguidamente los testículos. El cuerpo del doctor Pigot no respondió. Se sentía abatido por el cansancio. Había corrido demasiado, luego había dormido cinco horas bajo un automóvil, con la aceitera y una llave en la mano, luego de pelear vanamente con el ajuste de un tornillo de lo más rebelde. Y en su amplia cama de agua se volvió a dormir, abrazándola por la espalda, susurrándole que no había nadie como ella en el universo, pero sin que la languidez tibia sobre sus partes sagradas le produjera un cosquilleo.

Algo no tan similar, de concierto con su clase social en declive, le había ocurrido a la señora Meimi. Habían ido a una exposición a estudiar a unos auténticos árboles del Amazonas terrestre, que ahora yacían bastante podridos en sus troncos sepultados en el inhóspito suelo anfitrión. Y se habían distraído, y tan cansada no estaba, el sábado, después de la película en la modesta placa instalada en la pared del pequeño comedor. Podía fingir, sin hacer esfuerzo. Abría las piernas, hacía ruiditos, se quejaba a veces, y a veces los quejidos se flexibilizaban en una supuesta felicidad. Aunque en realidad, ignoraba si fingía adecuadamente, o si se notaba. Al fin, casi gozaba con los gritos, y, además, el acicalado empleado de la City jamás renunciaba a su armonioso entendimiento con la línea de menor esfuerzo de tipo fraile. Embestía algunas veces durante veintitrés segundos y no se preguntaba mayormente si ella estaba allí esperando alguna demostración de pericia anatómica. (Sin embargo, el hombre ignoraba que ella cargaba con agobio, en su inconsciente, esos segundos miserables que recibía dos veces a la semana, y que eran la causa de que se pusiera tristísima de repente cuando eufóricamente hablaba de las maravillas que dormían ocultas en el corazón de lo mejor del himeneo.)

Y ya en el trabajo, de las doce y media a las dos, cuando llegaba el primer paciente, había un tiempo que a veces le parecía bueno a la señora Meimi. Ella bajaba las cortinas y aseguraba la puerta exterior, mientras el doctor hacía un gargarismo ruidoso en el pequeño baño aledaño a la secretaría. Lo esperaba sentada en el diván, con la mirada turbia y las mejillas ardientes. No podía excluir cierta vergüenza. En su intimidad, jamás perdería la esperanza de casarse con él, aunque él era diez centímetros más bajo, fuera algo mayorcito y estuviera casado... con una mujer "que él no quería" y que le destrozaba la vida minuto a minuto, con el infierno más incalificable... (Sin embargo, para ensanchar los misterios del corazón, ella estaba enamorada del fenómeno de la altura y de la delgadez, aunados, aunque esta realidad se encarnara en un poste o en una jirafa avalados por la moda de la Tierra que hora a hora traía la maravillosa placa integradora.) Pero tenía la certidumbre satisfecha de que nadie le daría mayor placer que ella, su Meimi. Y se ponía a pensar que Marius -ahora, le sonaba tan bien el nombre Marius- a pesar de todo, era un profesional tan especial, diría, un hombre maravilloso y destacado que... bueno, ella no podía romper el vínculo así, y... tal vez...

El se cercaba pasándose la mano por la melena, con el pechito al descubierto, pisando fuerte con los altos tacones huecos. Era extremadamente velludo. Se cultivaba el vello con cremas especiales, a la moda y gusto de las mujeres que se enloquecían por el pelo primordial, en las patillas, en los tobillos, en la entrecierna, en la nuca o dentro de la oreja. Su tarea no le permitía una mayor elongación de la melena, como la de ellas, pero él tenía la impresión de que las patillas, su pulposa boca, sus dientes de porcelana y oro manchados de rojo ejercían el mismo poder. Mostraba los soberbios dientes. Y ella le metía los dedos entre el vello del pecho, le acariciaba la línea entre la piel roja y la piel blanca, lo besaba suavemente en el ombligo (bulboso, invariablemente con inocentes felpillas) luego le desabrochaba el pantalón y le bajaba el cierre. Siempre la misma maravillosa rutina, que proseguía al enganchar con el índice el largo y renegrido valor. Con delicadeza y lentitud, lo empezaba a besar alzándolo por el extremo hasta que le retiraba la piel con los dedos para aferrar con los labios el grueso y ya furiosamente enrojecido pliegue del pináculo. Succionaba, tirando hacia afuera y Marius Pigot exhalaba un gemido de placer, recitaba con voz pegajosa algún trazo de vieja gramática carcelaria terrestre. "Esta es la cima de la vida", se obligaban a pensar los dos (sin recordar que lo habían oído afirmar en la placa, cientos de veces al día). Eso significaba el hecho de estar vivos, se repetían para sí una y otra vez. Esa era la vida, y no había nada más que valiera en el santísimo Universo (también pensaban en la santísima patria, y en la santísima nación).

-¡Me iría un millón de veces al infierno, por extenderlo al infinito! -gritaba él, aplastándola contra el diván, antes y después de adornarla con las líneas más poéticas de los insultos inspirados en bestias, toros, asnos, padrillos, elefantes en celo...

En esos inmortales instantes, Pigot se recordaba caminando por los pasillos de los baños (tanto tiempo atrás, en el cuartel o en los gimnasios de la madre Tierra) con un formidable estado anímico a pesar de su figura desmedida en la cabeza tanto como allí, aunque mezquina en todo lo demás. Se veía riendo junto a algún otro de su condición mirando a los desairados por la fortuna. Jamás se le había ocurrido, conscientemente, que tal vez nacer de una forma determinada no tenía un mérito grande en sí mismo. Pero, el hecho estaba dado, así como el dominio que ejerció y ejercería en la memoria de muchos de aquellos compañeros por el resto de la vida. Aún siendo interno de hospitales donde la competencia era feroz, y él aún no había descubierto cuánto más podía ganar implantándose fundas de oro con porcelana en los dientes, cremas especiales para que le creciera el vello y el pelo, tacones con diez centímetros de aditivos que lo convertían en un hombre con las características de un ideal terrestre. Un rey en la intimidad del desnudo. En cambio, cubierto de vestiduras, se sentía un hombre modesto aunque exquisitamente elegante. Otros lo decían.

Así, él miraba a Meimi, sus hermosos ojos rojos, sus pechos morenos erectos en las deliciosas aureolas, en tanto su poderoso valor renegrido se henchía, levantando la saeta color borra de vino, para que ella lo abarcaba y succionara con su hermosa boca rosa de joven señora mamá.

Sin embargo, el doctor condescendía a desconfiar de la claridad de sus sentimientos, ya fuera hacia su mujer o hacia Meimi. Solamente sentía aquella sensación que lo enloquecía, y, como las cosas habían salido bien, sin que se esforzara jamás por nada, no pensaba demasiado. Cuando se desbordaba la espuma, sentía una irrefrenable voluntad de asesinar; y después, entre avergonzarse o negarse a la meditación, prefería siempre lo último, con los testículos y su batería glandular en absoluta paz y gloriosa retirada.

El lunes era el día distinguido. Tomaba lo que, según ella, él "merecía". O, lo que significaba, aquello que sólo quien lo amaba realmente era capaz de darle, con sacrificio y considerable tormento.

Sobre el lujoso diván de cuero rojo solamente quedaba el diminuto vaporizador lubricante. Desnudos, ella sentía con secreto terror el velludo cuerpo que rozaba su espalda y la estremecía. Rogaba a la providencia que él fuera delicado, aunque se había conminado a relajar el cuerpo, a concentrarse hasta que la desbordara. Si trasponía el sagrado y riguroso portal, luego todo era... casi maravilloso. Entonces empezaba a sentir la sensación, el dolor, la sensación, el dolor, la sensación... La entrega total. Cuando el doctor se retiraba (de inmediato, sin decirle que era la mejor fémica del universo y que jamás otra le había dado aquello) la inflamada testa del valor terrestre, aún henchida de sangre caliente, hacía que la señora Meimi diera un auténtico gemido desgarrador, para quedarse boca abajo, respirando con violencia, sintiendo el suave olor del cuero del diván y el roce de las lágrimas que le cubrían el rostro. La delicada Meimi se repetía, poseída por la idea, que seguramente la esposa jamás le podría ofrecer a él aquello, porque él era un monstruo y estaban casados, y una esposa no sufriría luego como ella sufriría durante toda la semana y... eso era terrible y aumentaba su llanto silencioso sofocado por el mullido diván.

Marius Pigot se distraía entonces y observaba el lujoso reloj de cucú del consultorio, que le avisaba que aún tenía una hora hasta la llegada del primer paciente. Y se sentía irritado, siempre, en secreto, y no hablaba más como al principio, cuando deseaba ejercitarse en el placer durante días. Pero, habían sido casi segundos, y estaba hastiado de repente y le parecía absurdo el entusiasmo inicial, y también todo lo demás. De repente, todo le daba asco, y empezaba a pensar con franqueza que todo aquel franeleo era algo que debía acabar, y que lo estaba fastidiando hasta el colmo. Bien, levantaba la toallita que ella había extendido sobre la alfombra, al pie del diván, y se higienizaba. A veces dejaba que ella lo hiciera, mientras él se tiraba sobre la alfombra a mirar hacia otro lado o al techo. Ella se secaba el rostro de espaldas, se extendía a su lado, le acariciaba los vellos del vientre y lo empezaba a

interrogar sobre qué había hecho el sábado, y el domingo. Quería charlar, necesitaba que la acariciaran y le contara cosas. Si se había divertido, si había descansado, si había salido el fin de semana. En las preguntas de ella, y en los gangoseos de él, había alguien más (malamente metida y no mencionada) y era horrible. El doctor se erguía sin mirarla y se iba al baño pisando fuerte sobre las brillantes plataformas, con el pantalón en una mano, meditando a veces sobre la pronunciación de aquellos vocablos malos. La eufonía reforzaba misteriosamente su placer espiritual, ejercitado merced a aquellas divinas glándulas de entrepiernas, ya totalmente conformes y demandantes de paz.

A partir de allí, hasta el miércoles a la misma hora, cuando nuevamente el doctor desahogaba su violento signo positivo de una forma más generosa y fácil para Meimi (es decir, por el portal flexible que se amolda a casi todo), la conducta de ambos era absolutamente profesional. Ello no incluía la cualidad de los sentimientos que tan bien iban ocultos; los de la amable mamá Meimi, ilusionados y acogedores, turbios e indiferentes para un tercero que trabajaba en la City. O los del profesional Pigot, más relacionado con impulsos, ligados a embates extraños y oscuros que sentía desde niño, sin apego, sin razonamiento, cuando iba de cacería a las landas del Caspio y tomaba por la fuerza a alguna hermosa yegua, oculta en el granero, al atardecer, para imaginar que la dañaba gozosamente contra las tranqueras. Qué hermosos eran sus recuerdos de la Tierra.

Entonces, aquel lunes, Meimi, con los pómulos calientes aún, desgarrada pero estoica sentadita al escritorio, unos minutos antes de la dos, mencionó al nuevo paciente.

-Meimi -dijo Pigot-, usted sabe que en general no admito esos casos.

-El ha sido recomendado por alguien... Del gobierno, como siempre. Parece que vivió en la Tierra durante mucho tiempo. Tiene la cabeza blanca. Naturalmente, es de los que han pedido una reserva total. Es la gente del gobierno.

El doctor se miraba una arruga imprevista en el espejo del bañito; le producía un nauseabundo malestar mirar cara a cara a las mujeres después de los acoples. Se dio vuelta y se bajó el cierre para orinar. La sana costumbre, se dijo. La señora Meimi veía la mitad de su cuerpo.

-¿Se ve bien?

-No muy bien -dijo Meimi, con una media sonrisa y una actitud que a él le parecieron obscenas y molestas-. Es usted imposible, doctor... Debería imaginarlo. Me da por el hombro, tiene la cabeza como un huevo, unos ojos de pez tras unos cristales más gruesos que lupas. Es gordito.

-Y no quiere decir quién lo envía.

-Tal vez a usted se lo diga.

-¿Le mencionó claramente mis honorarios?

-No les dio importancia.

El doctor carraspeó y escupió en el inodoro. Con un golpe enérgico, se subió el cierre del pantalón.

#### IV

El paciente era un hombre no más alto que el doctor. Su cráneo era singularmente ojival, totalmente calvo. Sus brazos eran en extremo largos y tenía los ojos almendrados, inmensos detrás de los gruesísimos cristales de los anteojos.

La señora Meimi se sorprendió cuando el hombre le extendió la mano y se la retuvo fuertemente durante unos segundos mirándola de una forma perturbadora. Los pacientes jamás hacían eso, y se sintió mal, como si los ojos hubieran desmenuzado el terrible dolor dentro de ella. Pero la sensación duró apenas unos segundos, y Meimi la atribuyó al horrible malestar que siempre sentía invariablemente luego de que Marius le hacía aquello. Fingió una sonrisa e hizo pasar al hombre al consultorio.

-Señor Partana me gustaría saber quién lo recomendó, qué hace usted -dijo el doctor luego de saludarlo-. En fin, es necesario que me de todos los datos que se le ocurran, ya que, como le habrá dicho mi secretaria, necesito saber si puedo ayudarlo o no. ¿Conoce usted algo del psicoanálisis?

-Bien, es un asunto algo añejo, ¿no cree?

-Claro. Pero comprenderá que es algo más complejo. Es importante una relación de franqueza básica. No me gustaría que fuera inexacto desde el principio, por ejemplo.

El hombrecito no contestó.

-Es que no creo que se llame Partana. Evidentemente, usted es del gobierno. No es de acá, sin duda. Pero no veo la necesidad de que me mienta sobre su identidad. Usted sabe que estoy obligado por el secreto profesional. Entonces, ¿por qué tendría que ocultarme su identidad?

-¿Quién le dijo que le he mentado?

-Vamos, señor. Ese no es su nombre -dijo el doctor.

El hombre se quedó pensativo mirando fijamente al doctor. Luego preguntó:

-¿Usted está obligado por el secreto profesional, dice?

-Naturalmente. Es algo que tiene centurias. Usted lo sabe...

-¿Sería necesario que grabara las secciones? ¿Sería absolutamente necesario?

-Debo hacerlo. A veces grabo, a veces tomo notas. Lo registro, en dos palabras.

Hubo otro silencio. El doctor agregó:

-¿No le parece que sería mejor si lo pensara tranquilamente? No creo que fuera útil un tratamiento sobre una base falsa. Usted perdería tiempo, dinero, y yo no podría ayudarlo.

Luego de un minuto, el hombre dijo:

-De acuerdo. Partana no es mi nombre. Es que no quiero comprometerlo. Creo que entiende lo que le digo.

-Creo no entenderlo. Ignoro cómo me puede comprometer diciéndome su nombre verdadero.

El hombre pensó durante un rato. El doctor observó sus delicadas manos de dedos perfectos, anormalmente largos.

-De acuerdo -dijo-. Tal vez padezca de paranoia, por mi oficio...

El doctor se encogió de hombros y sonrió.

-Usted se ríe... Bien, tengo el grado de coronel. Sí, sí, como me ve. Sirvo en una fuerza... las siglas no significarían nada para usted. He trabajado en Berlín, en Asia, últimamente no lejos de Ankara. Comprende usted ahora por qué no quería dar mi identidad. Somos un poco turcos los dos. Hombres con mis tareas no pueden tener este tipo de problemas, ni hacer consultas...

-Podría pedir una licencia. Tal vez algo especial. Debería haber una manera.

-No. Usted no ve la dimensión del problema. Además, no podría exponerme jamás de ninguna manera. Al volver a la Tierra sería otro. Y aún no he concluido mi carrera. No estoy en posición de hacerlo aún.

-¿Cómo hará para servir en Ankara y concurrir acá tres veces por semana?

-Tengo unas semanas... Pero, es mi problema.

-¿Sirve en?...

-No podría comentarle sobre eso, como se lo dije. En todo caso, es mejor que sepa lo que le dije solamente. No más.

-¿Cómo supo de mí?

-Oí su nombre en un club de oficiales. Leí en la computadora sus artículos sobre amnesias bélicas.

El doctor sonrió. Ignoraba que sus artículos fueran muy considerados y habían pasado de moda. Por orgullo, no preguntó dónde el hombre los había visto. Inquirió:

-¿Su caso abarcaría la amnesia?

-Es algo de otro tipo.

-Sabrá entonces que hay muchísimas clases de amnesia. ¿En qué se basa para suponer que ese es su problema?

Al hombre le costó volver a hablar. Finalmente sus ojos inmensos, que parecían no tener demasiado movimiento, miraron al doctor de forma penetrante.

-Quiero saber quién soy.

El doctor esperó unos segundos. Dijo:

-Eso no está relacionado con la amnesia. Tal vez tenga usted un problema metafísico. ¿O no?

-No es eso. Es decir, estoy seguro de quién soy. Me llamo Procardus, y tengo el grado de coronel. Ya está... Podría citarle infinidad de acciones bélicas en las que estuve, y de las que usted oyó en los noticiarios. Mucha gente, colegas, etcétera, podrían identificarme. Mis documentos lo hacen, mis...

-Continúe.

-Tanto en Berlín como en Ankara yo hice un trabajo especial, secreto. Siempre tuve un don especial, algo relacionado con...

El doctor lo miró y esperó esta vez sin hablar.

-Es algo como un fluido. A veces me basta con tocar las cosas y penetro en las cosas, a veces, casi influyo en las cosas. Últimamente, en cambio, he perdido algo de eso, y desde hace algunos meses me despierto en las madrugadas con una extraña sensación. Entonces, en la oscuridad, siento que estoy en otro mundo, que soy otra persona con otras tareas al día siguiente.

-¿Cómo sabe que no era un sueño, por ejemplo?

-Caminé en la oscuridad, tomé conciencia de mi vigilia siempre, y la sensación no cambia.

-¿Se sentía en un lugar extraño?

-No, no totalmente. Era...sí, algo extraño, pero no desconocido. El lugar debía haberme sido muy familiar. Me sentí aterrado, sin discernir qué estaba haciendo allí. Más tarde, volví a mí mismo, es decir, a ser el coronel Procardus. Estaba descompuesto, me temblaba todo el cuerpo. Tenía la piel mojada de sudor.

-Bien -dijo Pigot algo después.- Su caso es muy curioso. Veré qué puedo hacer.

Cuando el coronel se retiró, el doctor le dijo a la señora Meimi:

-Hágale una ficha. Se llama Procardus. Dice que es coronel. Vendrá tres veces por semana.

-¿Qué lo hizo cambiar de idea?

-Es uno de los que estuvieron o están en Ankara, en Berlín, luchando aún para que no vuelvan los neo-rojos. Tal vez organizó la migración a este planeta. Estaba en... ¿Recuerda algo de aquel tiempo?

-Y usted... ¿lo aceptó? Lo que hacen...

-Soy un psiquiatra. No un juez.

-Pero, usted se enteró de lo que hacían. Está bien que era la Guerra y ha quedado en el pasado, pero...

-Mi deber es evitar... Además, la guerra prosigue. Es interminable, y sabemos que estos servicios son necesarios para detenerlos a cada paso.

-Bueno, su conciencia lo habrá enloquecido.

-Nada de eso -dijo el doctor-. Además, esto debe ser confidencial. Más que eso. Recuerde que las malas mañanas no se terminan jamás. Sabemos que tienen carta blanca y no vamos a arriesgarnos.

-No soy loca -dijo la mujer.



## V

El coronel Procardus nuevamente se quedó durante casi un minuto apretando suavemente la mano de la señora Meimi. Ella podía verle la cima de la calva ojival perfecta y brillante, y, luego de la sorpresa inicial, se sintió extraordinariamente bien. Por un instante, y alocadamente, según lo pensó después, tuvo la tentación de abrazarlo y contarle su dolor. Porque no pudo despegarse de los grandes ojos de pez sorprendido que la observaban fijamente detrás de los horribles y gruesos cristales de los lentes. No se veía a nadie con lentes. Eran una antigüedad y el hombre parecía algo sacado de las viejas películas terrestres.

-Está bien, señora Meimi -dijo Procardus soltándole la mano-. Está bien. Está mejor así.

-Señor Procardus -dijo, espabilándose-. Es usted muy puntual.

Sorprendida saludablemente por lo que le ocurría, aunque fuera inefable, Meimi observó que Procardus era de esas personas con las vértebras superiores anquilosadas, que para mirar a un lado debían mover rígidamente todo el cuerpo. Sonrió y le abrió la puerta del consultorio de Pigot, sintiéndose de repente extrañamente bien.

Ya sentado, Procardus pidió permiso para extender las piernas.

-Nunca supuse que los sueños pudieran...

-Por supuesto -dijo el doctor Pigot-. Me gustaría que tuviera un grabador a mano para los momentos. Creo que sería más ágil... Desearía que registrara todos los detalles. De otra manera, en general, los sueños se olvidan. Pero, antes, ¿no había ocurrido?

-No, no.

-¿Cuándo fue la primera vez?

-No lo recuerdo. Hace... mucho tiempo. Estábamos del lado turco, frente al Ararat. En un gran predio, en una inmensa edificación con aspecto de granja, y muchísimas hectáreas alrededor, con alambrados, puestos de guardia, perros, dispositivos electrónicos. Podíamos ver la cima helada del hermoso pico. Interrogábamos, en general a los neorjos, también a armenios, georgianos, musulmanes... Se hablaban muchas cosas. En una de las reuniones, se habló de dejar los nuevos métodos científicos, en todo indoloros e incruentos... De despojarse de mis servicios, de mi especialidad científica moderna y civilizada, en la práctica... Estamos en el siglo XXI... Había un idiota, o dos, que se desvivían por los métodos antiguos. Incluso habían escrito un manual. Habían establecido miles de formas de producir dolor insoportable con utensilios caseros inocentes. Escuché la discusión. Ningún hombre normal podía pensar en eso sin sentir un sudor frío, pero, como estaban enloquecidos por hablar del tema, los dejé hablar. Yo tenía voz en el servicio y en especial en aquella base; podía vetarlos, pero los dejé hablar durante semanas. Y entonces, un día, sucedió.

-¿Qué sucedió?

-Yo estaba allí, y por la ventana veía la blanca cumbre del Ararat. Y ya no era el coronel Procardus quien veía la materia viva que me rodeaba. No pude soportarla. Tuve un acceso de risa, algo muy... desagradable.

-Risa desagradable. Explíquemelo.

-Estaba fascinado de poder ser otro. De no ser partícipe de esa materia viva. No quería juzgarla, además. Estaba entre divertido e hipnotizado. No era yo, era otro.

-¿Por qué dice otro? ¿U otra persona?

-No lo sé. No era la misma materia viva, ¿entiende?

-¿Pudo haberse sentido poseído, por ejemplo?

-De ninguna manera.

-¿Por qué cree que no? ¿Qué lo hace pensar así?

-Porque no seguía siendo yo. Recordaba, simplemente recordaba quién había sido.

-Pues, dígamelo -dijo el doctor.

-Pues... era algo tan... rápido. Tan rápido y, sin embargo, verdadero.

-¿Cuánto duró eso?

-Uno minuto, tal vez, como una imagen fluctuante deformada por una pared de agua.

-En ese momento, ¿usted estaba conforme u horrorizado del cambio de métodos propuesto?

-Es difícil admitirlo ahora. No me importaba un rábano. Eran materia viva sin sentido. Gusanos que se comían a otros gusanos. No importaba. Lo veía así.

-Y como el coronel Procardus, ¿cómo lo veía?

-El coronel estaba paralizado. Los antiguos métodos de terror no significaban nada ante el sentimiento de ajenidad, de pertenecer a otro mundo... ¿Entiende por qué estoy acá?

-Creo que sí -dijo el doctor.

## VI

En la sesión siguiente, el coronel persistió en tomarle la mano a la señora Meimi. Ella había rodeado su escritorio, silenciosamente, y le había extendido la mano no bien sintió la extraña mirada de pez a través del cristal. Pero no hubo palabras. El coronel le besó la mano con una leve inclinación y, en silencio, entró al consultorio. Meimi, con el corazón agitado, tratando de dominarse, permaneció aún unos largos segundos con la donosa nalga recostada en el escritorio mirándose el dorso de la mano, sintiendo cómo la saliva se secaba dejándole una leve sensación de frío. Con la mirada extraviada, volvió a su silla y poco a poco se fue serenando con las manos en la falda y la barbilla baja.

El doctor Pigot, observando su placa, mencionó el instante del "ensueño".

-¿Recuerda alguna circunstancia en que quedó más impresionado por la visión? Quiero decir, por ese sentimiento, como lo llama usted.

Procardus tragó saliva y giró los ojos de forma extraña. Eran ojos de pez que evitaban la frontalidad cuando la pregunta del psiquiatra lo inquietaba.

-¡Dios, quiere saber todo! No me deja nada. En realidad, yo quizá solo quiero hablar con alguien, nada más.

-¿Por qué no quiere hablar de eso? -dijo el doctor.

Procardus volvió a mirarlo de reojo, de aquella forma curiosa causada por la rigidez de su cuello. El doctor volvió a pensar en el animal acuático que lo miraba casi asustado, a través del vidrio de la pecera, antes de huir al escondrijo.

-No lo sé... Es... como si hubiera algo que me bloqueara.

-Pero, no le pregunto sobre qué interrogaban. ¿Cómo lo hacían? ¿Por qué? O si valió la pena todo eso... No me intereso en secretos de estado. Quiero conocer más sobre usted. ¿Lo capturó el enemigo alguna vez?

-Jamás. Nunca me ocurrió nada. Entré mil veces a las zonas difíciles, ¿entiende? Más de una vez me detuvieron. Yo... les hablaba, les apretaba la mano... Alcanzaba, ¿entiende? Nunca tuve necesidad de la violencia, aún viviendo inmerso en ella. Yo... yo... ése es mi problema. Esto justifica la necesidad de venir a verlo...

-Pero lo de esas noches y las visiones, ¿lo asusta?

-No me asusta.

-Lo molesta y no quiere hablar sobre ello.

El coronel se sacó los anteojos y se fregó los ojos. Sus párpados eran morenos y rugosos y el doctor observó que eran en todo aceitunados y realmente inmensos. Por un instante, el doctor sintió una gran inquietud, una sensación extraña que le subía por la espalda. Procardus lo miró, sin ponerse los anteojos, como si hubiera palpado sus sentimientos y sensaciones. El doctor, entonces, se sintió dichoso, sintió piedad por aquella mirada casi lastimera, deforme, extrañísima como las formas de su cuerpo.

-¿Qué pasó esa noche, coronel? -preguntó suavemente-. Trate de recordarlo... Pero, no me conteste, si no quiere.

Procardus se puso los anteojos con dificultad. El doctor observó el gran peso de los cristales, y que el extremo de las patillas de los anteojos le llegaban al hombre muy detrás de los lóbulos, con un ajuste perfecto y seguro.

-Me desperté, y era otra cosa. Otra... cosa.

-Era otra persona... ¿O lo duda? Otra cosa, dice. Veamos, ¿por qué recuerda tan fuertemente esa noche?

-Usted serviría muy bien como interrogador, ¿sabe?

-Sería bueno que me hablara de esa noche, coronel -el doctor sonrió levemente.

Procardus tardó en decir:

-No recuerdo cuándo fue. Estaba en Ankara, hacía algo de frío, al amanecer... Bueno, no era yo. No era yo. Volaba creo, porque me sentía muy bien, como si me hubiera drogado. Volaba, y veía al universo con una tremenda esperanza. Era como... sí, sí, estaba en otro lugar. Era un ser superior, con un sentido vital maravilloso.

-¿Estuvo tiempo mucho así, en ese estado?

Procardus inclinó la cabeza.

-¿Se movió, o estaba acostado?

-Salí a caminar entre las edificaciones. Amanecía y la montaña se veía muy hermosa. El aire corría límpida, puramente. Me sentía en la cima del mundo. Y ocurrió algo raro. Me acerqué a unos animales, y los vi lanzarse... Como si los hubiera golpeado un huracán, tirándolos a muchos metros. Los caballos en un establo empezaron a relinchar y golpear las maderas con desesperación...

-¿Cómo interpreta eso? ¿Cómo se veía, si no era usted?

-Pues, es extraño. No lo sé. Recuerdo que volví a mi cuarto casi desesperado, pero entonces todo se había normalizado.

-En su aspecto, ¿notó algún cambio?

-Era un sentimiento. El cuerpo... no, no me fijé en el cuerpo. No importaba.

En la reunión siguiente, el doctor Pigot insistió sobre los momentos de extrañamiento.

-Solamente un sueño he recordado reiteradamente -dijo Procardus.

-Cuéntemelo.

El coronel Procardus cerró los ojos, y el doctor volvió a observar los párpados de cuero de elefante. Cuando se abrieron los gigantescos ojos, el doctor sintió que aquel recuerdo afectaba al hombre terriblemente, como si hubiese sido arrancado de su sangre amada a una distancia temporal y física inimaginable.

-Yo estaba... a usted le parecerá una locura... Estaba al pie de un ovoide gigantesco, metálico, brillante. Estaba en una meseta, desde la cual divisaba el horizonte rojizo, crepuscular. En derredor, suspendidas en el cielo, había cientos de ovoides similares...

-¿Qué hacía allí?

-Era un lugar muerto ya. Había algo maravilloso en el recuerdo, sin embargo. Había habido vida allí, de la mejor. Ahora, era un desierto. Un desierto rojizo hasta el horizonte, pero un desierto claveteado de mesetas verticales, artificiales. Monumentales. Edificaciones extrañamente alejadas una de otra... Bien, de pie sobre una estaba yo... Abajo, a quinientos metros quizás...

-¿No había vegetación? ¿Otras personas?

Procardus volvió a cerrar los ojos, que se le habían llenado de lágrimas.

-No...

-¿Adónde iban?... ¿Los ovoides, eran naves?

-Siento que... No, no sabría decirle.

-¿Qué o quién era usted?

Después de quitarse y ponerse los lentes con lentitud, Procardus dijo:

-No lo sé. No importa. No era muy físico. No pensaba en eso. Había algo en la atmósfera... Como si yo flotara suavemente.

-¿Pero quién era usted?

-No lo sé. Era un sentimiento, ¿ve? Creo que estaba solo, pero no me sentía solo. Era, era... como estar en casa. A pesar de todo, estaba feliz. Estaba en algo amado hasta más allá de la conciencia... Mirando aquel desierto rojo que se perdía en la lejanía jalonada por las mesetas, al atardecer... El sol, o no...

-¿Cómo era el sol?

-Había más de un sol. Entre brumas rojas, débiles, al atardecer. Había silencio. Y los ovoides suspendidos lanzando tenues destellos en el silencio rojo.

-¿Cómo se vestía? ¿Era militar? Trate de recordar más.

-No. No...

-Es importantísimo. Trate de recordar.

-Es una sensación. No existía el concepto militar, ¿entiende? Nada relacionado con lo de... Era otra cosa. Simplemente había cosas que no existían para la comprensión terrestre. Era... No lo puedo expresar...

-Veamos. Estaba al pie del ovoide. ¿Estaba uniformado? ¿Iba a subir?

-Supongo que sí. Al mirar al horizonte, estaba perdiendo algo irrecuperable. Sí, supongo que sí, tenía un uniforme. Había... Creo que había otros en los bordes de la meseta, de pie, como yo. Estaban distantes... Había un gran silencio. Un aterrador silencio, un silencio distinto, indescriptible. Ellos eran... similares a mí. Calvos, similares...

-¿No cargaba armas, escafandras, o algo así?

-¡Por Dios! -Procardus sacudió la cabeza-. No insista con eso. No recuerdo más, es algo tenue, nebuloso. No puedo describirle un sentimiento. Usted no entiende, no puede entender...si no lo vivió.

-Es importante -dijo el doctor.

-No estar loco es importante. No me lo diga. ¿Ha sabido de un caso como este?... Ahora, por ejemplo, creo que le conté una locura. Me aterra la persistencia de esas sensaciones. Si usted hubiera sabido de sueños similares, creo que me quedaría más tranquilo. Me sentiría aliviado, creo.

-No, que me haya tocado analizar a mí. Pero no sería imposible encontrar casos semejantes.

-¿Piensa que estoy loco?

-No lo creo -dijo el doctor-. Debe ser otra cosa... Pero es muy extraño que usted haya venido a un lugar remoto a tratarse. Tal vez, este lugar con tanto de rojizo... ¿Sabe por qué vino hasta acá?

Procardus pensó durante un rato.

-Lo ignoro. Lo ignoro totalmente.



## VII

En la sesión siguiente, cuando entró Procardus y cerró la puerta, el doctor sintió algo diferente que emanaba del extraño hombre. Una determinación, con algo desesperado, con algo sin consuelo. Procardus miró largamente al doctor sin decirle nada, y por un momento el doctor sintió miedo de los ojos de pez fijos en su rostro.

-Estuve leyendo acerca de las enfermedades mentales -dijo tomando asiento en el diván.

-¿Cree que está enfermo?

-¿Por qué no me lo dijo nunca? La posibilidad...

-No podría decirle si está enfermo tan pronto. Además, usted no es un esquizofrénico.

-¿Tiene esa certidumbre?

-Es mi profesión. Así que, ¿por qué no deja que dictamine yo qué le pasa?

-¿Ha obtenido un pronóstico? No puedo estar mucho tiempo sin saberlo.

-Ahora pienso en los símbolos. Los sueños que tuvo son muy expresivos. Además, considere que usted tiene una tarea muy especial. Nada común diría. Como la del médico, supongo, difícil de sobrellevar.

-Ajá... Es como si yo descubriera algo ¿verdad? Supongamos, la caja de Pandora del horror, por ejemplo.

-Yo asociaría, por ahora, su oficio. Su don para cautivar en su oficio. Su lucha contra la corriente, tal vez. También la visión de otro mundo mejor. El ensueño simbólico. El mundo abandonado, el viaje a lo peor. Lo peor sería su oficio. Tal vez, no soporte la tensión. Y es como si la conciencia le hablara rebelándose...

-¿Y mi... ensueño? ¿Cómo lo explica?

-Realmente, usted debe explicárselo. Es un remanso para usted. Significa su ansia de paz, tal vez. No creo que tenga otra connotación. Es un sueño persistente, simbólico, como todos y que perdura en la vigilia.

-¿Y los ovoides, y los seres idénticos a mí?

-Quizá fueran sus colegas, que en el ensueño usted asemeja a su propia figura. Iban uniformados. Y los ovoides pueden significar... naves de guerra, de exterminio. Reinan sobre un mundo devastado, desierto, silencioso, al que se observa por última vez.

-Le repito -dijo Procardus-. ¿Ha tenido un caso como el mío?

-Nunca. Lo cual no determina absolutamente nada.

Hubo un largo silencio. El doctor Pigot no supo luego por qué dijo:

-¿Quién es usted?

-El coronel Procardus, del SIS.

-No, no. Le pregunto ¿quién cree usted que es a la vez? En esos momentos... Creo que usted lo sabe. Tiene que sospecharlo. Sin duda es un genio en su trabajo. Dígamelo.

-Como una locura fantástica. Una locura nueva para la ciencia. ¿Realmente, querrá usted escucharlo?

-Naturalmente, es mi trabajo.

-Temo por usted, a pesar de mi locura.

-Creo que puedo arriesgarme, por supuesto.

-Bueno... Necesito decírselo a alguien... Supongamos que existió otro lugar, otro mundo de tecnología avanzadísima. Pero, ese mundo llega a su fin y sus habitantes deben emigrar. (Un lugar común para los futurólogos.) Con lógica pensemos que tienen el poder de viajar y romper las barreras de la distancia y el tiempo. Han dominado la vida al punto de postergar la muerte... La sabiduría y este hecho los hace escasos. Se pueden trasladar fácilmente de un lugar a otro del espacio, con sigilo, diría, o como observadores ocultos. Hasta podrían vivir en la misma Tierra, o acá, sin que jamás los detectaran. Sería muy fácil. Imagínese las inmensidades oceánicas, o desérticas, la soledad de los Andes o del Himalaya en la Tierra, la seguridad de los polos...

Procardus miró al doctor.

-¿Vuelo demasiado?

-Prosiga, por favor.

-Les convendría tener a algunos miembros entre los pobladores nativos, por ejemplo...

Hubo un largo silencio, y los hombres se miraron fijamente. El doctor Pigot se dijo que todo estaba bien, pero de repente sintió una inefable inquietud. Este sentimiento, fuertísimo, lo hizo temer algo... trató de reponerse con una sonrisa.

-Pero, tal vez -dijo, llevando su mirada a la punta de su antigua lapicera de oro-. Tal vez, esos hipotéticos seres no podrían fingir, y no soportarían los rasgos de vida bárbara en la Tierra.

-Los seres serían entrenados especialmente. Se les borraría la memoria racial. Se les dejaría ciertas virtudes para obtener ventajas comparativas en las tareas a desarrollar en la tierra. Naturalmente, irían a puestos claves. Nadie podría detenerlos.

-Extraordinario -dijo Pigot-. Pero, en ciertos casos, la amnesia inducida podría rasgarse...

-Quizá. Pero podría encajar bien, ¿verdad?

-¿Y su profesión, sería oportuna?

-Más que oportuna. Salvo por el hecho de tener que lucrar también con el suplicio ajeno. Hechos inenarrables de barbarie u un terror desconocido... Solo así se justificaría que me haya sentido cada vez peor, luego de los sueños...

-Si estuviera en una posición clave. En lo más oculto. Una oficina especial, única.

-Algo así.

-Pero habría algo de verdugo en usted; es decir, en ese supuesto ser. Que no lo veo en usted, de veras.

-Ese ser sería, al fin, un exterminador, un higienista social, si quiere, desde cierto punto de vista humano.

Pigot sonrió.

-Según cómo se lo mire. Me parece que cabe en usted una buena personalidad.

-No me cree. O sí, sí, me cree. ¿Me cree, verdad?

-No lo sé ahora. Francamente, me ha sorprendido un poco... Lo confieso. No sé si vamos bien por ese camino. Tendría que pensar en ese relato y sus símbolos posibles. Tengo la impresión de que yo soy el que está en sus manos. Condenado... o algo semejante.

Hubo un largo silencio.

-No sé por qué -Procardus lo volvió a mirar fijamente y Pigot sintió de nuevo el frío que le corría por la médula.

-Tranquilícese -agregó Procardus.

-Es que su profesión...

-Sí, sí, se lo advertí... Pero yo no sería de acá, ¿entiende? No sería de acá. No sería un torturador y un asesino con una fachada y un grado respetables para su cultura. Sería un impostor oculto.

-Si así fuera, usted estaría en mis manos. ¿No temería así, un ser como el que ha descrito usted?

-¿Y quién lo creería? Habría una garantía. He prestado grandes servicios, he enseñado y se han obtenido resultados.

Pigot sonrió sin contestar, pero admitió con la cabeza.

-Lo podemos todo en la oficina. Somos dueños de vidas y bienes. Hacemos lo que se nos antoja. Manejamos a placer los fondos del Sistema sin que nadie atreva a preguntarnos lo más baladí. Tenemos toda la mejor tecnología, sin restricciones. Nos protegemos, y... usted sabe... Todo esto sin que casi nadie lo sepa. Y si alguien lo contara en público, el público se negaría a creerlo... Además, no le darían importancia. Nos creerían a nosotros. Siempre ha sido así...

-Claro. Claro que lo sé -dijo el doctor sonriendo. Lentamente le colocó el capuchón a la lapicera. Agregó sin mirar al otro: -Al fin, creo que usted no necesitará más de mis servicios. Tal vez.

-No lo sé ahora. Después de todo, no habrá creído en todo lo que le conté. ¿O sí?

-Oh, señor Procardus, por supuesto que no.

-Por supuesto, sé que usted no creería... Nadie lo creería.

-Hay ciertas razones, ¿no?

-Sí, sí, las hay. Creo que al fin solamente necesitaba hablar con alguien. He estado algo solo, demasiado tiempo solo quizás.

El apretón de manos duró más de lo habitual y, en ese momento, el doctor Pigot se sintió extraordinariamente tranquilo. Pero, al retirarse el coronel, lo poseyó una extraña inquietud que devino en chuchos de frío. Vomitó en el baño a oscuras. Llamó a la señora Meimi y le dijo que no atendería más aquel día. Se tiró en el diván y demoró un buen rato en calmarse, cubriéndose los ojos con el antebrazo. Dormitó, al fin, un tiempo indefinido, hasta que sintió que una mano le acariciaba el estómago. Era una mano suave y cálida, de uñas cuidadas y armoniosas.

-¿Qué hora es?

-No son las cinco aún... Tenemos hasta las seis... ¿Te ocurre algo?

-No, no -dijo el doctor y, sin mirarla, la apartó con el antebrazo.

## ⅩⅡ

Pigot había llamado reiteradas veces. Cuando el oficial le pedía su nombre, cortaba la comunicación. Al fin, deprimido, abandono la idea. El necesitaba una solución urgente, no podía entregar la mercadería, dar su nombre y esperar. Debía enfrentar el hecho y obrar como antes. Fue directamente al Ministerio, a la antesala que conocía bien. La tercera vez tuvo suerte y le dijeron que el hombre lo recibiría. Pasó por varios controles y un par de detectores de armas y objetos sospechosos. Le tomaron una fotografía y dejó las impresiones digitales. Finalmente pudo esperar de pie en un pasillo hasta que un soldado lo hizo pasar.

Habían sido compañeros de estudios en la universidad. Pero él se había dedicado a la psiquiatría y el hombre se había empleado en el Ministerio. Al principio, en la sección de encuestas y planeamiento psicológico; últimamente allí. Y el doctor Pigot nunca se había sentido tranquilo en aquel edificio.

Así que, cuando vio al antiguo camarada, tuvo un impulso y se inclinó hacia el hombre para darle un abrazo.

-Bueno -dijo el hombre, dando un paso al costado-. Creí que te habías muerto. Que no necesitabas más de nosotros.

-Por dios -dijo Pigot-. No digas eso.

-No introduces al viejo en estos asuntos.

Pigot no supo qué contestar, y se sintió más mortificado. Jamás pronunciaba el vocablo "dios" a los demás, y ahora allí, cuando era tan necesario lo opuesto, se había comportado como un imbécil. Enrojeció y trató de disimularlo y dijo otra cosa. El funcionario lo dejó decir y le señaló una butaca, mientras se sentaba tras el gigantesco escritorio. Sin hablar, sacó una botella de origen terrestre y sirvió dos tragos.

-Gracias -dijo Pigot.

-Por tu regreso -dijo el otro.

Después de los tragos, la conversación empezó a correr con mejoría. Cuando el otro observó el reloj, Pigot se apresuró hacia el punto. El funcionario le hizo una señal y puso en funcionamiento el registro.

-No lo sé -dijo finalmente el hombre-. Tendré que consultarlo. De todas maneras, despreocúpate, de ahora en adelante. Sabes como trabajamos... Olvídate de todo, lo más rápidamente posible... No todos tienen mi benevolencia.

Pigot miró la botella, aquella frase le cayó terriblemente mal. El otro se puso de pie.

-Ahora tengo que hacer -dijo, acercándose y apoyando una mano sobre un hombro de Pigot.

Titubeó mientras el otro lo llevaba del brazo suavemente hacia la puerta.

-Tendría que...

-¿Qué?

-Me molesta pedirte un pequeño favor -dijo Pigot apresurándose, ante la puerta abierta.

-¡Ah, naturalmente! -exclamó el funcionario-. Envíame tus necesidades, los detalles por escrito. O dásela a mi secretario. Veré qué puedo hacer.

-No sabes cuánto me alegró volver a verte -Pigot le apretó la mano.

-Lo creo -dijo el hombre, mirando hacia el corredor-. Ah, saludame a tu bonita mujer, ¿he?

## IX

La cosa fue cuidadosamente envasada en un gran cajón colocado sobre ruedas. El cajón tenía fuertes argollas, de forma que los hombres podían elevarlo para bajarlo por las escaleras de emergencia del edificio (no entró en el ascensor). Fue dificultoso cargarlo pasando dentro del gran tubo de lona hasta la ambulancia. Con una fuerte custodia disimulada en vehículos comunes, llegó a la gran casa de aspecto familiar e inofensivo, donde funcionaba la sección científica del SIS en la metrópoli.

En el laboratorio había doce oficiales, y entre ellos tres patólogos del servicio, que se mantenían algo alejados, sin ordenes de intervenir si no eran requeridos. En la puerta, dos oficiales uniformados les habían tomado el nombre a todos y les habían hecho poner el dedo para el archivo de secretos oficiales. Un hombre filmó la escena desde distintos ángulos y se retiró. Le había hecho una señal un oficial algo encorvado, con una pipa apagada entre los dientes. Este hombre se llamaba Dominus Necat.

El señor Necat, había llegado unos días antes del hallazgo de la cosa, tal vez un día después de la llegada de Procardus al planeta. Entre los entendidos, Necat había obtenido un incuestionable prestigio como interrogador. Siempre cultivó un aspecto algo vetusto, delgado, encorvado, con la dentadura estropeada por el continuado roce de la boquilla de una pipa, en general, decorativa, totalmente anticuada y fuera de uso. Había quebrado a infinidad de neorijos y de opositores con una técnica simple. Se hacía pasar por tonto, inferior intelectualmente al interrogado, y con tal actitud repetía infinidad de veces la misma interrogación, pero de distintas maneras. Ayudado por la extenuación del hombre, quizá, o descansando en otros tratamientos menos saludables, pocos se habían resistido. Ahora, cuando bordeaba los sesenta años y ya estaba establecida su escuela en el servicio, había pasado al más distraído trabajo de investigación. Su característica era que desechaba cualquier solución “moderna”, cualquier droga, y usaba los métodos bastante medievales. Toda la locura estaba justificada por los resultados, lo bien logrado del trabajo, lo medido en la cultura de la época.

Durante esos días allí se había sentido reconfortado de continuo: en cada mirada de subordinado experimentaba, con sarcástico orgullo, hasta donde había llegado la “leyenda” de su nombre en el Servicio.

-Materia rocosa -afirmó, irguiendo orgullosamente el viejo y descarnado cuello-. ¿Alguna objeción?

-Ninguna -dijo uno de los hombres, mientras se calzaba unos guantes quirúrgicos.

-¿Se registra?

-Es más útil la filmación directa, señor -dijo un joven oficial que Necat no conocía.

-No es lo que yo necesito -dijo Necat-. Las notas me las llevaré yo. Es prioridad Uno, ¿o no le pidieron identificación al entrar?

-Sí, señor.

-Prosiga.

-Dos cuerpos humanos, al parecer -comentó el oficial de los guantes, palpando con detenimiento la cosa-. Fusionados totalmente. Como si se hubieran derretido en las partes de contacto.

-Bien, ¿qué más?

-Contacto por detrás. Un cuerpo montado sobre el otro, al parecer. El cuerpo de abajo parece más largo. El de arriba más corto y grueso.

-Describe los cuerpos -dijo Necat-. Veamos si estamos de acuerdo.

El oficial siguió palpando con cuidado.

-Aparentemente, el cuerpo inferior es de mujer. El pelo parece haberse derretido sobre su piel y la del cuerpo superior. Los muslos están soldados, como partes de los brazos. Los torsos están totalmente soldados. El cuerpo más pequeño parece haber estado fuertemente aferrado. La cabeza parece tener forma de...

Necat pidió un par de guantes y comenzó a palpar la parte inferior.

-¿Qué le parece esto? ¿Qué puede ser?

El oficial titubeó.

-Dígalo -ordenó Necat.

-Dos...

Necat esperó la continuación. Dijo, exasperado:



-Sí, dígalo, maldito... Excepcionales, ¿no?

Exacto, señor -dijo el oficial.

-¿Qué más?

-Convulsión. Una tremenda convulsión con torsión de los cuellos, señor.

-Continúe.

-El rostro del cuerpo inferior parece haber sido armonioso. Pequeño, levemente oval... Parece tener...

-Apúrelo, maldito -ordenó Necat-. ¿Qué espera?

-Senos, señor. Parece que cuelgan.

Necat tocó la cosa por debajo hasta llegar a las protuberancias.

-Parece haber algo más -dijo- ¿Qué le parece?

El oficial no titubeó ahora.

-Manos. Manos soldadas sobre los senos... Podrían ser, señor.

-Aferradas. De acuerdo.

Necat pidió una gran lupa con luz y observó cuidadosamente la parte posterior de la cosa. Palpó toda la zona cerrando los ojos.

-Dos ... -contó, y miró al joven oficial a cargo del registro-. Como de un animal, supongamos... un animal. Bien, bien... ¿Qué animal, oficial?

-Un animal, señor.

-¿Qué animal, señor? ¿O no se anima a decirlo, señor?

El oficial que tomaba notas se movió inquieto. No habló.

-Un toro, señor. ¡Un toro!... Ese animal que embestía lo que se moviera y lo molestara, señor -dijo Necat finalmente, apuntando con la pipa al hombre joven.

-Así es, señor. Eso parece -asintió el joven, azorado, apretando el registro.

Hubo un largo silencio.

-No se ve nada más, señor -dijo finalmente el oficial que palpaba-. Zona fundida, totalmente fundida. Aparentemente, hubo como una torsión horrible. Por la expresión de los cuellos y los rostros. Algo repentino, tal vez.

-Muy bien -exclamó Necat y caminó en silencio durante unos minutos alrededor de la mesa-. Dejemos ahora que trabajen los patólogos.

La tarea comenzó exactamente a las 03.00 horas. Eran cuatro camionetas, cada una con seis hombres vestidos de civil, con armas silenciosas y cachiporras de cuero negro. Mataron a tiros de pistola a tres perros que se habían puesto a ladrar, desfondaron con el tronco de hierro la gruesa puerta de madera. A los Pigot los golpearon con las cachiporras hasta desmayarlos. Los envolvieron en sendas alfombras, encerraron a los niños en sus dormitorios, y todo en menos de tres minutos. Por lo menos, ese fue el tiempo que cronometró desde una camioneta el oficial que dirigía la acción.

Una camioneta llevó al doctor a una casa segura en las afueras de la ciudad. Allí, dos hombres retiraron la alfombra, lo bajaron a un sótano, y no llegaron al último escalón para tirarlo como estaba sobre el frío piso de cemento. La cachiporra le había desgarrado la piel del rostro y la sangre había empapado un extremo de la alfombra. Un hombre abrió el extremo ensangrentado cuidando de que no se fuera a asfixiar y luego le dio un violento puntapié. Los pulmones del doctor exhalaban un quejido como de fuelle roto, Los hombres se rieron.

A la mañana siguiente bajó al sótano un hombre con un maletín de médico y examinó a Pigot, que yacía acurrucado contra un ángulo, tapado a medias con la alfombra. El médico le tomó la presión, lo auscultó y le vendó las heridas de la cabeza. Pigot quiso hablar, pero el hombre no le contestó. Cuando Pigot empezó a llorar, el hombre recogió los utensilios y se retiró sin mirarlo.

Durante los tres días siguientes volvió el médico y examinó sus heridas. Al cuarto día faltó, y nadie le trajo ni agua ni comida. Perdió la noción del tiempo, pero le pareció que podría ser de noche cuando lo “trasladaron”.

La pieza era larga y oscura. En un extremo había un escritorio con unas sillas, y encima una lámpara solitaria que no iluminaba mucho más allá del escritorio. Los hombres lo sentaron en una silla a unos metros del escritorio, y lo esposaron con las manos hacia atrás.

-¿Qué pasa? -preguntó el doctor Pigot-. ¿Puedo saber qué está pasando?, por favor. ¡Por dios se los pido!

Empezó a ahogarse atenazado por el dolor que le producían las esposas incrustadas en la piel. Exhaló un sollozo, pero los hombres ya se habían retirado. Luego de un rato comenzó a sentir que se le entumecían las manos. No podía pensar, solamente se sentía con una infinita, inefable pena por su misma carne, por su piel y su cabello tratados con las mejores cremas durante tanto tiempo, con sus dientes con pernos de titanio de última moda, en fin, con sus partes más íntimas machacadas de la forma más infame e inexplicable. Había empezado a ser nada.

Mucho después volvieron los hombres, le retiraron las esposas, lo hicieron ponerse de pie y quitarse las ropas. El doctor se estremeció y, se quitó una a una las prendas en medio de un temblor irrefrenable. Tres hombres tenía por detrás, y uno, con los brazos en jarras, lo observaba de frente. Cuando el doctor se quitó el calzoncillo, el hombre silbó.

-Sí, sí -exclamó-. Para toda la oficialidad –frunció la boca.

Los hombres circularon en silencio observando al doctor. Uno le dio un empujón y lo volvió a esposar con las manos detrás del respaldo. Lo miró desde el frente. El doctor estaba sentado con las piernas cerradas, de manera que había ocultado entre ellas. El hombre se acercó y le dio un fuerte puntapié en una rótula.

-¡Abrí las piernas, hijo de puta! -gritó.

El doctor abrió las piernas con un quejido, con la cabeza hacia adelante, mirando hacia abajo. Comenzó a lloriquear, buscando de reojo a los hombres que tenía atrás. Los hombres dieron la vuelta y volvieron a mirarlo y a reírse. El orgullo del doctor, y el valor de las épocas, caía flácido rebasando el borde de la silla.

-Ni así -comentó uno de los hombres-. ¡Hijo de puta!

Los hombres se rieron a carcajadas, y al irse, uno, de pasada, le dio dos bofetadas. El doctor se quedó solo. De nuevo, poco a poco se le fueron entumeciendo las manos y las muñecas, y el frío y el terror lo tomaron al punto de congelarle los pensamientos, los sentimientos, sumergiéndolo en una benévola abulia. No atinaba a coordinar una justificación o un por qué a lo que le sucedía, ni siquiera un recuerdo de su mujer y sus hijos.

Había empezado a dormir, inmerso en la abulia, cuando oyó el chirrido de la puerta de hierro. Vio al hombre solo, en mangas de camisa, con un portafolios. El hombre lo observó en silencio.

-Soy el señor Rupérez -le dijo-. Placer en conocerlo.

El doctor Pigot habló y rogó con mucha rapidez, o eso quiso hacer porque su lengua no funcionó del todo. Era lo mismo porque Rupérez casi no oía aunque tenía un oído muy aguzado. Se acercó hasta el escritorio, dejó el portafolios, movió unos centímetros la lámpara, de manera que el cono de luz se acercara hasta la cintura del doctor y no más arriba. Mientras el doctor movía la boca cada vez con mayor rapidez y desesperación, el oficial fue retirando

algunas cosas del portafolios. El doctor no podía ver con claridad qué sacaba, pero alcanzó a distinguir una bolsa de nailon, una cuerda, un par de guantes, algo parecido a un soldador eléctrico. Siguió hablando, pero el hombre no volvió a dirigirle la palabra, ni volvió a mirarlo al rostro. En cambio, se subió algo más las mangas de la camisa, comenzó a enfundarse los guantes lentamente. Cuando los guantes entraron en el cono de luz, el doctor hizo el más desesperado intento por comprender qué estaba ocurriendo, qué era aquella pesadilla. Al fin, funcionando a medias, sintió que su yo, sus patillas cuidadas y reconocidas, su modesta personalidad se cristalizaba frente a unos extraños guantes, con refuerzos de cuero sucio en los nudillos.

El señor Rupérez empezó a hacer su trabajo con un calmado profesionalismo. Tomó al doctor Pigot del cabello y lo empezó a golpear en la cabeza. De arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba. Poco a poco, le fue desgarrando la piel de la cara, primero las cejas, luego la nariz, los labios. Luego pasó al tórax, aunque entonces hizo una breve pausa para fumarse un cigarrillo luego de quitarse cuidadosamente los guantes detrás del escritorio. Para entonces, el doctor Pigot sólo emitía un resuello, y su cabeza yacía drásticamente caída sobre el pecho.

El señor Rupérez, parado detrás del escritorio, fumando tranquilamente en la penumbra, se hacía la pregunta que en esos casos lo intrigaba. ¿Sentía algo? ¿Valdría la pena proseguir con la misión, teóricamente, si el cuerpo ya no sintiera nada? Vaya pregunta, sin duda práctica. Se acercó al doctor y apagó el pucho en la carne. El aullido reanimó al señor Rupérez. El hombre todavía era capaz de sentir. Así que volvió al escritorio, se puso los guantes nuevamente y retiró del portafolios una pequeña cachiporra que él mismo había construido en sus momentos de ocio. De forma específica para el trabajo en las piernas.

No tuvo que trabajar mucho más. Sabía, por experiencia, el límite al que tenía que llegar. Pero, el trabajo en las piernas todavía era factible. Así que golpeó acá y allá, con pequeños intervalos hasta que presintió que el doctor Pigot nuevamente había perdido el sentido. Se detuvo, algo desilusionado o aburrido, fue hacia el escritorio, se quitó los guantes, y dispuso en orden todos sus utensilios personales. En realidad, no había inventado la cachiporra con arena, pedazos de plomo y goma, aunque sí las armonías de peso, como también el espesor justo de la bolsa de nailon, la sección precisa del alambre más dúctil, la ingeniosa modificación de la pinza rompenueces o de las diversas pinzas de odontólogo, la higiénica y eficiente punta eléctrica... En fin, modestos instrumentos de una inestimable y secreta utilidad histórica. En el viejo fútbol, disciplina magistral que dominaba en un todo, siempre le había agradado más la posición del “defender” de la celeste y blanca. Eran cosas que todavía quedaban de la historia pegadas a su alma grande. La posición lo embujaba.

-Fue compañero mío en la Universidad, es un latino, como yo. Desde entonces lo conozco -afirmó el Viceministro-. Y, como le dije, me prestó más de un servicio. Ignoraba que esto iba a tomar este desmesurado camino. Un exceso, sin duda.

-Me temo, señor -dijo Necat-, que el asunto ha escapado a su órbita.

Los hombres estaban en la oficina del Viceministro, sentados en las butacas, con una botella de licor de por medio. Necat no miraba al Viceministro, pero estaba preocupado por una uña que se le había roto. Pensó en la "órbita". Luego sacó su pipa de un pequeño estuche de cuero.

-Le ruego que no fume acá -pidió el Viceministro.

-Comprenda que me han dado carta blanca en el asunto. Soy un profesional que jamás hace trabajo extra que sea inútil.

-De acuerdo. Sé de su fama con los sindicalistas, o con Fuchs, o los felices Rosemberg y otras antiguas historias, pero este caso es distinto. El hombre no tiene nada que ver. No constituye el menor peligro para nadie. Apenas quería una ventaja, como todo el mundo... Son legión. Lo más común de los mundos.

-Usted no percibe el punto, señor -dijo Necat, llevándose la pipa vacía a los dientes-. El punto no es ése.

-¿Y cuál es el punto?

Necat tomó un sorbo de bebida y miró de reojo al funcionario.

-El punto es la seguridad. No pueden haber filtraciones. De ningún tipo. Nadie debe saber qué ocurrió.

-Pero este individuo no dirá nada. Al contrario, es de su interés el ocultamiento del asunto. Si la comunidad médica, o la gente llegara a saberlo, perdería todo, ¿entiende? ¿O conoce usted un mejor motivo para guardar un secreto que el caer en pecadillos de ese tipo?

-Lo aceptaría, si pudiéramos correr riesgos. Pero la política no es esa, y usted lo sabe -Necat guardó la pipa algo exasperado.

El Viceministro suspiró abatido. Se sirvió más bebida, sin mirar el vaso de Necat. Al fin, dijo con una mueca parecida a una sonrisa.

-¿Usted no es un político?

-Dígame usted si es bueno o es malo no serlo.

El Viceministro volvió a sonreír.

-¿Quién sabe qué ocurrirá mañana?... Usted podía ser más razonable en este caso. ¿Qué le cuesta, Necat? Tal vez, mañana yo le podré devolver la flexibilidad. Sigo en carrera, con buenas posibilidades...

Necat lo miró con un gesto socarrón. Volvió a sacar la pipa y se puso de pie. Repitió:

-Tengo ordenes. Tengo ordenes. Pero... ¿quién sabe? Lo mantendré informado, si puedo. Excúseme, pero existen muchos motivos para justificar lo que hemos hecho.

-Lo sé, lo sé. Pero haga lo que pueda.

-Trataré -afirmó Necat-. Lo trataré por usted, pero no me comprometo con algo positivo. Soy absolutamente dependiente. No dispongo nada a mi criterio. Usted lo sabe.

-Haga lo que pueda. Sé que puede -dijo el Viceministro en voz baja, tratando de que el otro lo mirara a los ojos-. Ya estableceremos algo apreciable que usted quiera.

-Hum -gruñó el oficial, concentrándose en el tabaco de la pipa y su ubicación correcta.

## XII

Se había establecido en un pequeño departamento dentro de la Estación Central del Servicio, en el centro de la metrópoli. Había perdido un día observando la cosa, enterándose de los pormenores que conformaban el extraño fenómeno. Después había perdido otro día yendo a ver a los jefes y al Viceministro, quien había usado los recursos del Ministro para obligarlo a ir a verlo al Ministerio. Esto molestó mucho a Necat, que, como alto oficial del SIS, se consideraba en una posición en absoluto aparte, privilegiada e independiente de las otras dependencias del Sistema. Así que, en la primera justa que tuvo, posterior a la reunión con el Viceministro, lo primero que hizo fue mencionar el hecho con una sonrisa de dientes ennegrecidos por el tabaco y la indiferencia.

-El viejo quiere que soltemos al tipo -dijo-. ¿Qué les parece?

Había dos hombres más, uno de ellos uniformado con distintivos de coronel. Era el jefe del servicio en el lugar, y se mostraba amoscado por la actitud de la Tierra al enviarle a Necat para que husmeara y decidiera en "su" terreno. El vocablo "viejo" en aquel momento lo amoscaba aún más. El otro era un hombre delgado, de mediana edad, con anticuados lentes de acero para ocultar la mirada baja y burlona. Se llamaba Duller.

-Naturalmente, de él vino la información -dijo el coronel-. No creo que sea necesario...

-Recibimos miles de informaciones gratuitas por día, coronel. Soplos, si quiere. La política del servicio no considera detenerse ante esos hechos, diría, mínimos.

-La información no puede quedar descubierta, de ninguna forma que no podamos controlar -subrayó Necat con energía y lentitud.

-No veo la importancia -insistió el coronel-. Salvo que ustedes ya hayan metido los pies en el barro. Naturalmente, señores, también es mi trabajo. ¡Lo sé!

Necat se envaró, carraspeó y se removió con incomodidad:

-Parece que duda de mi profesionalidad. No hago nunca lo que no debo. Y lo que hago lo hago en la justa medida, coronel.

El coronel masculló algo, sin mirarlo.

-Sería aconsejable no discutir por nimiedades. El tipo no es el problema.

-Ah, por supuesto -dijo el coronel-. Pero, ¿para qué estoy acá?

-La operación es mía -afirmó Necat, mirando fijamente al coronel-. Son ordenes de la Tierra.

-Señores -dijo Duller-. El punto es que si alguien más contacta al doctor, ellos sabrán que sabemos de su existencia.

-Lo importante es que nadie, absolutamente nadie, sepa que sabemos, coronel -dijo Necat lentamente mirando al militar.

-Si ellos lo llegan a saber, nuestro plan de encubrimiento se derrumba. Entonces buscarán otra forma de infiltrarse. Probablemente usarán otros cuerpos. O quién sabe qué métodos de encubrimiento. ¿Y cuánto tiempo tardaremos luego en detectarlos nuevamente? Incluso pueden usar los cuerpos de los rojos, o de algún corrupto al que se le fue la mano, que vuelven y vuelven a insistir... Hasta, ahora, por razones que desconocemos, jamás lo han hecho. Como saben, ésa posibilidad de que apoyaran a los subversivos, aún de la forma más sutil, sería fatal para el Sistema. Ha sido nuestra pesadilla, por décadas.

Se cruzaron miradas en silencio durante unos minutos. Luego, con pesado énfasis, habló Duller.

-La interrogación siempre ha estado. Esa intervención sutil, ¿nunca ocurrió en la historia...? Los historiadores y sociólogos del Servicio afirman que sí. Ofrecen argumentos convincentes... Ustedes dirán, hay miles y les pagan muy bien para eso y fingir que sirven para algo. Bien. Yo leí los argumentos. Se los aseguro, y soy de los que no creen en mucho... Son extensos y, sí, muy convincentes. Luego, sin embargo, hubo un cambio de actitud. Hasta hoy...

Duller terminó de hablar e intercambió miradas con los hombres.

-Tal vez, siempre fuimos...

Necat se calló. Algo después, el coronel dijo:

-Estoy enterado del plan general, señor Duller. De las posibilidades que se barajan en el Estado Mayor.

-Pero es bueno que sepamos, señor, si existe una alternativa para manejar el asunto. Según mi análisis, no existe alternativa.

El coronel chasqueó la lengua contra el paladar de platino implantado, preguntó:

-¿Cuántos más saben lo de este encubrimiento? ¿Y si es tan limitado el conocimiento del hecho, de qué nos puede servir si debemos actuar con rapidez. ¿Los jefes del Estado Mayor lo saben?

Necat encendió la pipa y Duller esperó que Necat contestara.

-¿Y bien? -preguntó el coronel.

-Ese asunto quedó en manos del Director. Bajo el Director, solamente nosotros y muy pocos más conocemos los pormenores, el encubrimiento, etcétera. El Director distribuye la información de la manera más restringida y estrictamente necesaria en un caso de emergencia. El Estado Mayor recibe infinidad de hipótesis para sus juegos de guerra. El servicio ha enviado infinidad de hipótesis, y la de este problema entre ellas, como una más. Es todo...

-Pero ustedes saben quién más sabe del asunto -insistió el coronel, mirándolos uno a uno fijamente.

-No lo sabemos, coronel -dijo Duller-. ¿Por qué habríamos de saberlo?

-¿Qué otra punta de la madeja ha quedado suelta?

-Este doctor y la mujer -dijo Necat-. Hemos dispuesto a la limpiadora, al portero del edificio de oficinas, a un par de secretarías que ayudaron a la limpiadora cuando se desmayó.

-¿Y los hijos del doctor? -preguntó el coronel.

-No será necesario.

-¿De acuerdo, Necat? -dijo el coronel algo más entonado al sentir que llevaba adelante las decisiones.

-De acuerdo. Los hijos no.

-Pero queda la familia de la secretaria. Seguro que tendrá un marido si es tan bonita.

-Trabaja en la City -dijo Duller-. No sabe nada. Estamos seguros.

-Claro que podríamos asegurarnos, también.

-¿Qué posibilidad hay de que sepa algo? -preguntó el coronel.

-Creo que ninguna -dijo Duller. Sonrió-. La mujer lo hacía con destreza. Es seguro que no sabe nada.

-De acuerdo -dijo el coronel-. Y está el hijo de la secretaria. Supongo que también lo excluirémos.

-De acuerdo.

-En el edificio, ¿investigaron posibles filtraciones?

En general, las limpiadoras, el portero, las otras secretarías, saben mucho. ¿Está segura esa zona?

-Lo mencioné antes, señor. Dispusimos de todos los involucrados que vieron o sospecharon algo.

Hubo un silencio.

-La mujer del doctor, ¿sabía algo?

-No sobre la secretaria, creemos que no. Además, no importa ya. Pero, pudo saber sobre Procardus. Es posible. El doctor fue a ver al Viceministro por instigación de ella. Es posible que ella supiera, o supiera solamente eso, y no los detalles. No podemos saberlo, ni arriesgarnos.

-¿Han dispuesto de ella?

-Lo haremos sin apuro -dijo Necat.

-Queda el doctor.

-Lo hemos interrogado -agregó Duller-. Para asegurarnos de que no lo comentó.

Siguió otro renuente silencio de Necat y Duller.

-¿Y? -preguntó el coronel, subrayando la pregunta-. Parece que debo rogarles para que me den información. Vamos, vamos.

-No le dijo nada a nadie, coronel.

-¿Usaron las drogas...? Es más segura, rápida y limpia. Aunque se oyen otras cosas, fuera del reglamento. No por otra cosa... Lo saben. La eficiencia moderna.

Necat revisaba el fondo de la pipa, que se le había apagado. Duller no habló.

-Lo usual -dijo Necat, encendiendo un fósforo, distrayéndose, examinando de cerca la madera quemada de la pipa.



-¿Han terminado con él?

-Lo necesario -repitió Necat, sacudiendo el fósforo-. Lo necesario, coronel.

-¿Algo más, señores?... Me espera una comunicación directa con el Director en la Tierra y quisiera llevarle últimas noticias. Nada antiguo.

-Faltaría que firmara, coronel -dijo Duller sacando de un portafolios una fórmula en cuádruplicado.

El coronel tomó la lapicera de oro que le tendió Duller.

-Disposiciones... Nada más.

Duller se despidió con una sonrisa amable.

El coronel había abierto la puerta y se detuvo. Cerró la puerta y se dio vuelta.

-Una duda, señores. ¿Qué hay de los muchachos que envasaron, retiraron e instalaron en el laboratorio a la cosa?

-¿Se refiere a mis hombres? -preguntó Necat.

-Usted no tiene hombres. Los hombres son del SIS, y en último caso serían del Director, señor Necat.

Necat sonrió para distenderse tras la rústica observación. Aquel recurso de la sonrisa lo había usado infinidad de veces en momentos semejantes. Adoptó la condescendencia:

-Tiene razón, coronel, tiene razón.

-¿Y bien? -insistió el coronel.

-Son de plena confianza, coronel. Además, están en la ficha de secretos oficiales. Si no confiamos en ellos...

-Despreocúpese, coronel -dijo Duller con un gesto distendido.

-Debo plantearse al Director. Ustedes son responsables por ellos.

Necat y Duller se miraron en silencio.

-Por ahora, usted firmó sólo las eliminaciones, coronel. Si hay novedades, será el primero en saberlo.

-Por supuesto -subrayó el coronel, satisfecho de sí mismo por no haberse reducido demasiado ante aquellos hombres difíciles.

Acaso alegre por eso, dio unos ágiles pasos desde la puerta hacia la pequeña mesita donde estaba el vaso con el whisky que Necat había traído de la Tierra, y que antes había rechazado con displicencia. Repentinamente, empujó el vaso, vaciándolo con un trago, chasqueó la lengua y sentenció con un fulgor en la mirada:

-¡No hay whisky como el de la vieja Escocia!

El señor Rupérez vivía en un pequeño departamento en los suburbios, con su mujer y sus cuatro pequeños hijos. Era delgado, fibroso, tímido, de pelo castaño que empezaba a perder, originario de los confines de la Tierra, de un muy humano lugar llamado –con tantos genios como pretensiones- Río de la Plata. Había logrado desde joven algunos hitos valiosos. Una educación católica (jamás faltaba un domingo a la iglesia) y, más tarde, un incontaminado casamiento. El Servicio le había dado un crédito generoso para instalarse definitivamente en el lejano lugar, y se había podido comprar la casita. Había sido un hombre feliz, a partir de tres contingencias fundamentales. Ser un beato ferviente, lo que le daba ímpetus para vivir en una época difícil; haber tenido la suerte para entrar al Servicio, y servir a un jefe magnánimo y poderoso, el señor Necat; por fin, haberse casado con una mujer “no tocada”.

Pero lo que marcó su existencia fue el sentido de la amistad que tuvo hacia un cura, quien lo encaminó hacia una finalidad de salvación imperturbable. Luego tuvo un similar instinto hacia el señor Necat; aunque también admiraba a otros jefes, en la policía, en el Servicio, o en el gobierno. Siempre estaba íntimamente predispuesto a dar el alma por ellos, obedeciendo una misteriosa inclinación y sometimiento sagrado a la autoridad establecida. Y tal bagaje meritorio arrastraba diariamente, como si cumpliera cargando una maleta desbordada de fe, de activa fe.

Sufría al abandonar por la noche la oficina, en el sótano de la casa segura en la que servía. Allí dejaba, hasta el día siguiente, sus amados cultivos (en el momento, cultivaba un gigantesco chimpancé, que le estaba dando mucho que pensar), sus instrumentos de trabajo que sobrepasaban el millar, sus cuadernos con meditaciones sobre el oficio, cuidadosamente escritos con su letra límpida y bella. La amistad hacia las grandes cosas, hacia las personas realmente respetables. (La incomprendida y sacrificada batalla contra el mal.) Esos eran sus motivos para vivir, y se sentía indispuesto al final del día, al abandonar los instrumentos y volver a su casa. Le resultaba casi una infidelidad, casi una traición a lo más digno de la vida. Ah, sufría por interrumpir sus deberes, el oficio, el lugar más cómodo.

Los fines de semana, por lo tanto, le resultaban más que tediosos. Casi todo lo aburría, menos el juego del fútbol y, a veces, la lectura de libros religiosos. Así estaba de sometido al deber patriótico, al bendito país, a la nación (que era el lugar donde estaba casualmente con el agregado del Río de la Plata de los genios, su patria vernácula). Y un domingo resultó aún más molesto. Sus hijos habían abierto su portafolios y había sacado la bolsa para jugar. Estaba sentado en una rígida silla del comedor, mirando un partido en la placa, con todos aquellos maravillosos colores celestes y blancos, cuando pasó su mujer, corriendo hacia el baño, con el niño en los brazos.

-¿Qué ocurrió? –dijo, dando un salto.

-¡Te advertí que no dejaras tus cosas al alcance de los niños! ¡Por qué traes tus asuntos a la casa!

El señor Rupérez observó la cara roja y convulsionada del niño y cómo la mujer lo mojaba y lo reanimaba. Después se retiró al comedor, sin decir una palabra, y al sentarse recordó su portafolios. Fue al cuarto, dispuso algunas cosas sobre la cama, las contó, las volvió a guardar, cerró el portafolios y lo puso encima de un estante.

La mujer no le volvió a hablar hasta la noche. Hacía muchas semanas que no se acercaba a ella. Estaba deprimido por los comentarios que le había hecho el jefe Necat, sobre el futuro y sobre el trabajo.

-Tengo en vista un vestido blanco con flores celestes -le susurró al oído, en la oscuridad.

La mujer no le contestó. El, que estaba a sus espaldas, le empezó a acariciar el vientre sin haberse calentado las manos. Estaban en la oscuridad. El no soportaba la luz en aquellos momentos, y tampoco soportaba que ella usara pantalones, ni que se descubriera las piernas. Tampoco le dejaba que se afeitara las piernas. Así que la mujer tenía largos vellos negros, como los del señor Rupérez.

-¿Cuánto hace que me prometes eso? -dijo la mujer en voz baja-. No soy estúpida.

-Te voy a comprar vestidos de colores y unos pantalones rojos ajustados.

La mujer calló, y pronto sintió que el señor Rupérez se ajustaba contra ella y lo intentaba, pero de forma decaída. Se quitó la ropa interior y boca arriba abrió las piernas, con el rostro mirando la pared. Todo no se extendió por más de tres minutos, contabilizando los dos minutos durante los cuales, emitiendo un confuso gangoseo, él luchó usando la precaria ayuda de un dedo. A ella le resultaba fácil lanzar quejidos de dolor o suspiros, y lo hacía bastante bien cuando sentía que él sudaba y se estremecía.

-¿Te dañé demasiado? -preguntó el señor Rupérez en un agitado susurro con gotas de saliva.

-No demasiado, no demasiado -repitió ella con otro suspiro-. Es que lo que tienes... Pero no importa...

-Te lastimé mucho.

Ella hizo un gesto enigmático, hundiendo la cara enrojecida en la almohada.

-Dios me perdona -exclamó el señor Rupérez-. Sé que te lastimé. No disimules. ¡No tengo perdón!

-Vas a despertar a los niños.

-Soy un bruto, un animal, una bestia salvaje... -se reiteró Rupérez con un susurro casi inaudible que se fue afinando a medida que iba entrando al sueño abrazado al cálido cuerpo.

La mujer no se durmió. Sonrió en la oscuridad. Quizá debería haber suspirado o gemido más, quizá debió decir malas palabras. El no la dejaba salir a la calle sola, no la dejaba afeitarse las piernas ni usar pantalones ni ropas de colores vivos. Era divertido para ella. Al principio lo había convencido con su virginidad, había hecho una escena, había gritado y llorado. Antes, le había perjurado novecientas tres veces que no "conocía hombre", naturalmente. El señor Rupérez le había pedido que lo tocara, y ella lo había hecho, luego de negarse incontables veces. El ya la había amenazado con llevarla al médico del Servicio, para que lo arreglara. Luego ella había dicho al azar:

-Es inmenso.

Pronto percibió un cambio. Un cambio maravilloso. Al día siguiente le había regalado ropas, un par de zapatos. La había empezado a besar antes de salir para el trabajo. Ella se dio cuenta y agregó fórmulas más ricas, que aplicó con paciencia:

-No podré contenerlo.

-Cierto... animal.

-Nunca te miraste al espejo.

-Si te pusieras en mi lugar...

Agregó luego, en la oscuridad como siempre, algunos nombres de la fauna. Un elefante que habían visto en un documental, furioso, pero, aunque tentada varias veces, jamás se había animado a mencionar a un borrico. El señor Rupérez se desesperaba abrazado a ella y la cubría de besos y promesas de amor y de compras en tiendas inalcanzables. Estaba maravillado, profundamente feliz. Eternamente enamorado. "Era la mujer ideal que leía fluidamente las honduras de su alma", y esta era siempre una sentencia que se le ocurría para sí mismo cuando oía aquellas susurradas similitudes. Y después, cuando viajaba al trabajo, con la vista perdida a través de la ventana del transporte, sí, pensaba lo mismo una y otra vez con extraña beatitud.

Ahora, ella se reía con regocijo de su pequeña maldad. Era, sin embargo, un burbujeo que le producía un misterioso bien a Rupérez. Pues, en realidad, al principio ella había extrañado terriblemente al hombre. Su último novio casi doblaba las virtudes y las rigideces del señor Rupérez, y, en aquel momento crucial, ella había sentido pena. No una pena meditada, sino una pena instintiva. Ella, de todas maneras, no iba a perjudicar su matrimonio, y lo dejó así. Más tarde él empezó a sentir celos, no la dejaba salir a la calle, no la dejaba afeitarse las piernas, y ella debía usar medias negras, aún durante los terribles veranos. Y así se remediaba. Cuando deseaba algo, le susurraba al oído, aún durante el día, alguna variante de la fórmula. El se ruborizaba violentamente; a veces, hasta se excitaba de súbito. Luego, en silencio, tomaba su portafolios (invariablemente, y sin motivo aparente, cargaba el portafolios a todos lados) e iba hasta la avenida a comprarle aquellas medias negras, aquel pañuelo oscuro para cubrirse el cabello. Al fin, todo esto le resultaba hasta divertido a la señora de Rupérez. Y siempre que lo recordaba se reía con regocijo, y en esos instantes de risa era feliz, suponía, como el resto de las mujeres.

Al día siguiente, volvía la esencia de la vida. Para el señor Rupérez, el trabajo siempre era dignificador. Comer, trabajar, dormir; mirar la placa e identificarse con sus consejos y personajes famosos, admirar maravillado los partidos de fútbol y los jugadores de fútbol y las peripecias a su alrededor atendidas al minuto por tantas señales televisivas. Esperar que pasara el tiempo sin pensar demasiado en otras cosas, pues, como le pagaban muy poco, no podía salir a comprar ni dedicarse a formular listas de compras con las que jugaba su mente. Así que tenía menos trabajo, más tiempo para pensar en el creador, quizá, o para grabar en su infalible memoria los apelativos y minuciosos detalles de la vida y hazañas de los jugadores de fútbol y otros millonarios deportistas de la Tierra -según él, en el planeta el deporte era una "basura" comparado al de la Tierra-. Al fin, siempre se sentía y consideraba un modesto hombre dichoso, amante de su familia, temeroso de los designios de la creación, según las recomendaciones del cura, disciplinado, perfectamente adaptado y sorprendido aún por las maravillas de la vida.

El horario de trabajo de Rupérez era muy flexible. Esta licencia lo satisfacía porque le gustaba llegar a su casa a cualquier hora, imprevistamente... Solamente un día creyó que su esfuerzo tenía justificación, corrió al fondo, abrió varias puertas con violencia, pero todo estaba en orden.

Su oficina era bastante amplia, de cemento y puertas de hierro, sin luz ni aire naturales, en el sótano de aquella mansión terrosa, vetusta, con un gran patio circular y altos muros vigilados. En un extremo, tenía un banco de carpintero con los utensilios de un bien provisto taller. A un lado había dos grandes jaulas con barrotes de hierro en las puertas; al otro lado del banco, había cuatro ficheros de chapa verdosa abollada. En los dieciséis grandes cajones, guardaba clasificados por abecedario los instrumentos del oficio, la mayor parte creados o contruidos por él mismo. En el otro extremo estaba su escritorio, con una vieja lámpara y una placa barata y diminuta para ver exclusivamente programas de la Tierra. En los cajones no tenía nada más que un cuaderno manoseado y una lapicera.

Ocasionalmente, escuchaba alguna misa o arenga religiosa entre los continuos festines de fútbol de la Tierra. Ese día, como tantos otros, con la vista dolorida por la fulgor de la placa, Rupérez había proseguido su día sentado al escritorio, en una posición rígida, con la mirada perdida en el fondo de la oficina. Se sintió acompañado. A unos diez metros, en una de las jaulas, había un gran chimpancé. Hacía días que no tocaba al gran chimpancé. Se sentía bastante indolente. Hasta la semana anterior había experimentado con los aullidos. Después, él animal había empezado a flaquear. Perdió, en apenas tres días, demasiado peso. Le había costado alimentar a la burocracia para poder conseguirlo en el zoológico. Habían declarado al fin que era para un experimento biológico en la Facultad de Veterinaria. Tenía que durarle, le había dicho el oficial a cargo. Después de todo, no le eran tan fundamentales al Servicio aquellos experimentos. Aunque, para Rupérez, tendrían en el futuro considerable utilidad. Había grabado una y otra vez los lamentos del animal. Había recurrido a su alfabeto personal, en el que confluían la electricidad, la asfixia por el agua o por la bolsa, los meros golpes, la hipodérmica, el ácido, el fuego depurador, el sonido, el aceite hirviente, la tenaza modificada, el martillo, el clavo bíblico... Las cintas estaban grabadas, él había hecho lo posible, pero no le habían enviado al perito. Para él, el animal siempre aullaba de la misma manera, y, además ¿cómo saber si fabulaba o no sobre un hecho determinado, por ejemplo, el de tener hambre o sed? Así que había abandonado la materia, por el momento.

Llamó al "médico" y le dijo:

-Es suyo. Mejórelo.

Hacía días de esto. Y entonces, durante la tarde llegó el señor Necat. De improviso, solo con su pipa, una botella envuelta en papel manila y dos vasos.

-¿Y cómo está Turquía, señor? -preguntó después del saludo.

-Como siempre, Rup, como siempre.

Necat sirvió la bebida y se sentó en la silla, frente a Rupérez que se mantenía de pie algo excitado por la sorpresa que auguraba algo especial.

-Que se siente -dijo Necat al rato-. Y tómese un trago. ¿Cómo está la familia?

El señor Necat encendió la pipa, movió la lámpara que le daba algo de luz en el rostro, y se mantuvo quieto un largo rato. Rupérez tomó apenas un sorbo de bebida, y se mantuvo a la espera. Amaba a aquel jefe, y le tenía tanto respeto que no se animaba a hablar primero. Necat, en cambio, suspiró y extendió las piernas.

-Este es el único sitio apacible en este planeta infernal -dijo-, y el único lugar donde creo tener a un amigo.

-Gracias, señor. Es porque hace mucho que sirve en las fronteras, señor. Se me ocurre.

-En el viaje, pensando en que te necesitaría, recordé cómo te descubrí, Rup. ¿Lo habrás olvidado?

-Por supuesto que no, señor.

Necat tomó otro sorbo de alcohol y recordó, mirando las huesudas y fuertes manos de Rupérez. Lo había conocido en una cinta de video. Rup recién había entrado al servicio, tenía un bonito pelo castaño que le caía sobre la mirada turbia e indefinida, triste, muy triste. Estaba en una asamblea de obrero. Había cuatro cámaras ocultas. Rup vestía ropas de obrero, e ignoraba los de las cámaras. Ignoraba si había otros sirviendo como él. Ignoraba todo, salvo que servía al Sistema y no estaba para perdonar a nadie. Entonces lo hizo porque sí. Se había quedado hasta lo último y vio al gremialista, o pequeño político, o vago, dormido. Un individuo solo en el salón, inerte e inerme sobre la silla. Ebrio al punto de no ver que la asamblea había finalizado y todos se habían retirado. Entonces había sacado del bolsillo su cuerda de piano. Ató al borracho a la silla por el cuello (la cuerda de piano no era muy larga). Luego lo enfrentó y lo empezó a golpear con los codos. Le fue rompiendo la cara. Primero las cejas, luego la nariz, luego la

boca. Después la quijada. Más tarde lo golpeó con los puños en el vientre. Finalmente sobre machacó sobre el corazón. No tuvo la prevención de observar por si alguien aparecía. Tenía como ojos en la nuca capaces de intuirlo. Era un sentimiento. La nación o el servicio eran un sentimiento, se diría, un apostolado.

Más tarde, en la estación, cuando le mostraron el video empalideció y se juró a sí mismo que nunca más se descuidaría, si escapaba aquella vez. Pensó que lo castigarían. Tuvo la increíble suerte de que Necat asesoraba entonces a las estaciones de Sudamérica. Y lo encontró...

-Tengo alguna noticia mala y alguna buena -dijo Necat saliendo del recuerdo.

-Podría decirme la mala primero, señor.

-Hemos obtenido nuevas victorias. Naturalmente. Lo lograremos sin guerra caliente, me temo, como sabes. Yo lo llamaría asuntos de compra y venta. Así, que, en poco tiempo quizá disminuya tu trabajo, Rup.

Rupérez enrojeció, pero no dijo una palabra. Además, lo confundía el cambio del tú al usted que usaba el jefe. Ignoraba por qué le hablaba así, pero lo inquietaba.

-Me refiero a tu especialidad. Trabajo en grandes cantidades, como teníamos en la Tierra, antes de que te enviáramos acá... Trabajo común sabe que siempre tendrá. Incluso, si llega el caso, haré que te mantengan en una oficina, sin hacer mucho... Hasta que recrudezca la próxima subversión. Pero podrán pasar una o dos generaciones. Entonces, tal vez, ya estés demasiado viejo.

-Bueno, pero es una buena noticia que se nos rindan sin lucha, señor. Mi caso no importa.

-No hemos luchado demasiado, para serte honesto. Cruzan la frontera y vienen a cobrar a nuestras oficinas. Son las nuevas generaciones. En realidad, si estuvieras allá, no te necesitaría. Hablan sin esfuerzo. Cobran y se vuelven a tratar que sus compatriotas acaten ciegamente la elaborada causa de la rendición. Aunque, después surgirán como hongos, en otra zona, lo sabemos bien... Entonces tendremos que comprarlos, y ellos convencerán con el pico a la tropa. Y así irán pasando los siglos...

Necat dio unos golpecitos en la mesa. Rupérez sonrió.

-¿Nos jubilarán con un sueldo aceptable, señor?

-No te preocupes por eso... El amor al trabajo, el amor al trabajo, a eso me refería. La extracción de la verdad, algo que a tantas sabandijas les parece algo subterráneo y terrible.

Necat movió la cabeza tristemente y observó la piel descuidada y reseca, los turbios ojos hundidos del subalterno. "La Cabeza Civilizadora le deshidrató la piel, y quizá el cerebro, para siempre", pensó. Bebió un sorbo de alcohol y agregó:

-La buena noticia es que necesitaré tus servicios, mañana, creo.

-Ahora mismo, a sus órdenes.

-No, no. Mañana o pasado. Solo un caso. Así que...

-¿Sabandija del trapo, señor?

-No lo creo. No de esta vez. Aunque puedes acusarlo de eso. Siempre ha sido algo efectivo. Entre paréntesis, te diré que por allá ya no hay más trapos que entusiasmen.

-¿Me entregará la carpeta, señor?

-No lo creo.

-¿Entonces, qué le sacamos?

-Pues no lo sé. En principio, haz el trabajo rutinario. Como siempre.

-¿Puedo saber algo más?

-En principio, no. No te puedo decir más.

Hubo una pausa y Rupérez abrió el cajón y tomó el cuaderno.

-Nada de apuntes esta vez -dijo Necat.

-Es para el informe, señor. En todo, caso, ¿como lo quiere?...

-Extremo, pienso -Necat golpeó la cazoleta de la pipa en el extremo de escritorio y el tabaco quemado cayó en forma de bolita sobre el piso de cemento.

-Bien... Extremo -escribió Rupérez con dificultad-. ¿Lo demás, a mi criterio, señor?

-Nada de apuntes. No más que eso -Necat señaló la escritura en la tapa del cuaderno-. Usted tampoco necesita saber mucho, salvo el nombre, si quiere.

Rupérez se inquietó con la frialdad de esta última oración del jefe. Pero era extremadamente eficiente y profesional, se envaró y se sintió bien por la confianza que el superior sentía hacia él y su trabajo. Quizás porque languidecía, y aquella presencia sorpresiva había reverdecido de nuevo su vida con una novedosa misión, como en los viejos tiempos.

-Te dejo la botella -dijo Necat, irguiéndose para aplastar con el pie la masa de tabaco quemado.

-¿Alguna orden para el "médico", señor...? Algo especial.

-Coordinen el trabajo entre los dos. Y... ¿tengo que decírtelo...? Que no se te vaya a ir la mano, sin que te lo ordene.



El señor Rupérez no era un afable compañero de trabajo. Un compañero debe ser comunicativo, solidario a veces. Pero Rupérez carecía de esas inquietudes. Toleraba a los demás, pues era un hombre de fuerte principios jerárquicos, y no se metía en la vida de nadie. Los otros, en cambio, no toleraban su incomunicación, su capacidad para estar largas horas solo, sentado detrás del escritorio, casi en la oscuridad, año tras año. La mayoría de los oficiales paseaban y conversaban en el magnífico prado artificial que rodeaba la casa. También se entretenían haciendo reñir a los perros de presa con mandíbulas de acero de vigilancia, y apostaban dinero. Pero Rupérez jamás hacía algo parecido. Se daba a conocer en el portón de rejas, camina cabizbajo hasta el edificio, no miraba a los vigilantes ni a los perros, ni daba importancia a los ojos electrónicos que fiscalizaban su pasada. "Es un tío raro", pensaban los otros al verlo pasar sin saludar. Pero, era el oficial interrogador de la casa. Nadie tenía su prontuario ni sus responsabilidades, e infundía cierto temor que era una modesta leyenda entre la comunidad de oficiales del Servicio. La modesta leyenda se había acrecentado sola, sin que nadie la pudiera justificar. Pero se debía a la pose y al silencio del interrogador, y quizá a lo que intuían del hombre. El silencio les había hecho creer a todos que Rupérez no hablaba porque era una especie de fenómeno al que ningún elemento subversivo jamás había logrado resistir, que no condescendía hacia los demás por imposibilidad intelectual, más allá del bien y del mal, y que al fin era un loco peligroso.

Tenía a algunos asistentes bajo sus órdenes, pero se comunicaba apenas con uno. El oficial enfermero, al que todos llamaban "el médico". El médico era un hombre insignificante, de rostro borroso que al parecer afirmó haber estudiado medicina en alguna época lejana. Entró al servicio y, sin título alguno, se hizo un práctico voluntario en reanimación. Era el único asistente de Rupérez, aunque éste no tolerara su voz, ni su presencia, como tampoco podía prescindir de sus servicios.

Así durante la mañana de aquel día que sería trascendente, el médico encontró a Rupérez y le dijo:

-No resistirá mucho más. Tiene que darme algunos días para que lo recupere.

-No puedo depender de sus tiempos -le contestó Rupérez, sin mirarlo.

-Como quiera, pero líbreme de responsabilidades. Si respira aún es por la combinación de drogas. Pero las drogas también tienen sus límites... Además, he observado que no lo interroga.

Rupérez se envaró y lo miró fijamente a los ojos. Furioso, habló bisbiseando como si quisiera apuñalar con las palabras. Sus los ojos se habían reducido por la rabia:

-Eso no es de su incumbencia. ¿Desde cuándo dispone algo usted acá?

-El señor Necat dijo que lo conserváramos hasta nueva orden.

Rupérez se dio vuelta rápidamente y se dirigió hacia las escaleras que iban al sótano, a su oficina y a las piezas contiguas donde estaban las celdas y las salas herméticas para las tareas. En su oficina caminó un buen rato alrededor del escritorio. Luego se cambió de ropa, en el pequeño baño, y se dirigió al salón de tareas.

El doctor Pigot era una masa humana renegrida y húmeda que respiraba suavemente, inconsciente, en un rincón. Rupérez no lo miró con antipatía, sino que sonrió al observarlo.

-Coraje, señor Pigot -dijo con tono afable-. Coraje que falta poco. No se me reduzca ahora.

Seguidamente tiró de una cadena de estaba sostenida a una rondana amurada al techo. Tomó a Pigot por los pies, llagados por las quemaduras y sin uñas, y lo encadenó por los tobillos. Luego, con lentitud y esfuerzo, empezó a tirar de la cadena. El pequeño cuerpo de Pigot se fue arrastrando por el piso de cemento y luego se elevó con los pies hacia arriba. A un par de metros, Rupérez trabó la cadena en un gancho de la pared. Entonces movió de un rincón el gigantesco tacho con agua podrida y excrementos que estaba montado sobre ruedas y rieles. El lugar, al removerse el tacho, empezó a heder terriblemente.

-No hay que preocuparse -dijo el señor Rupérez con calma, prosiguiendo con su tono suave y condescendiente-. Todo se soluciona tarde o temprano. Yo, si tengo que decirle la verdad, no estoy desconforme con usted. Nada guardo contra usted. Pero, cumplo con mi trabajo, como lo ve. Lo hago bien, creo...

El doctor Pigot estaba inconsciente, probablemente desde antes de ser colgado, y ese detalle quizá le pasó desapercibido a Rupérez porque él no acostumbraba a mirar a la gente de frente jamás. Salvo al médico, y, asimismo, porque lo había afrentado con la amenaza de contárselo a Necat, o algo así, lo que equivalía a lo mismo. Así que al oír el chirrido de la pesada puerta hermética, supo que era el médico que venía a vigilarlo. No le dio importancia. Tomó una manguera, abrió una canilla y le empezó a tirar agua al colgado.

-Ahí lo tiene -dijo al fin-. Cúrelo bien. Trátelo bien, ¿he? Pues acá el único torcido soy yo. Eso está claro. Los cobardes como usted siempre sobreviven mejor.

El médico, que estaba bastante descompuesto por el hedor y que no lograba superar un temblor en las manos, empujó el tacho sobre los rieles y bajó al doctor. Le fue fácil llevarlo a un catre que había en un rincón. El doctor Pigot ya no pesaba más de cuarenta kilos, la cara se le había encogido, como si unos salvajes le hubieran reducido la cabeza, y su cuerpo era solo una masa inflamada y sanguinolenta. El médico comprobó que apenas respiraba.

-El oficial lo espera en su oficina -dijo.

Rupérez se rio.

-¡Cobarde! -gritó al salir.

Entró a la oficina y vio a Necat sentado en la silla del escritorio.

-¡Ah! -exclamó Necat-. ¿Estabas trabajando?

-No lo esperaba todavía, señor -dijo Rupérez dudando en si extenderle la mano, o esperar que el superior lo hiciera primero.

-Hoy cerraremos ese expediente.

Rupérez se alisó las mangas de la camisa, que estaba salpicada por el líquido del tacho, y se prendió los botones de los puños. Todavía olía a excremento.

-¿Se anima a disponer de él personalmente? -preguntó Necat alejándose unos pasos-. Ya habrán terminado el pozo...

-Por supuesto.

-Bien. Que sea de noche. No te entretengas. Le ordenaré al médico para que lo prepare, y pueda desplazarse por sí mismo. Así no tendrás que cargarlo hasta el fondo... No veo por acá ninguna carretilla para el caso. Sólo falta que firmes esto, para cumplir con la burocracia.

Rupérez sacó la lapicera del escritorio y firmó el expediente sin leerlo.

-Asunto cerrado -le dijo Necat, con una sonrisa, tendiéndole la mano-. Parto hacia la Tierra en un par de horas.

-¿Cómo está la Tierra, señor? A veces tengo ganas de volver a verla...

Necat lo miró a los ojos y meditó sobre el significado de aquel deseo, que lo sorprendió un poco al ver la parte común y humana del subalterno. Seguido olvidaba esa parte de las personas.

-Para que mis hijos la conozcan, señor.

-Cometerías un error, Rup. Ojalá tuviéramos en la Tierra la armonía que hay acá, y arregláramos los problemas con tanta celeridad. Los terráneos no tienen arreglo. Los pueblos, si se descarrilan una vez y no se los pone en el riel, luego no tienen arreglo. Siguen creyendo que todos pueden ser ricos. Siguen corriendo atrás de eso...

Necat estaba cerca de la puerta, cuando oyó la insistencia de Rupérez.

-Todas las semanas voy al observatorio, señor. Busco la zona donde usted sirve... Creo que cometí un tremendo error aceptando el traslado. Hubiera sido más útil allá, a su lado, contra la chusma sabandija, señor... Acá...

-Usted vive bien acá. Tiene que entenderlo. -Necat se había dado vuelta y miraba con tristeza al hombre-. Es solamente una sensación lo que siente. Además, está de servicio. Los que viven allá quieren vivir acá, y ustedes quieren irse para allá. Está marcado para siempre, lo sabe. No puedo hacer nada.

-Lo entiendo. Discúlpeme.

-Te agradezco la confianza. Y... es verdad, aquello es un infierno. Tu problema, tal vez, es que crees en lo que ves en la placa. No puedes dejar de creer lo que ves en la placa. Es lo único que has visto en tu vida. El mundo real allí es muy distinto. La atmósfera no sirve más. Desmejoró horriblemente desde que te fuiste. La gente se asa y se mueren de cánceres diversos como enjambres de moscas. Además, la lucha con la chusma, en las calles es infernal. Compramos a ciertos grupos y pronto se dan vuelta otros. Ese es el problema sin solución, por ahora... Nuestros psicólogos y el ejército no pueden resolverlo aún... Pero si lo resolvieran con la inteligencia, como con inteligencia compramos y quebramos a los otros, al enemigo, quien fuera, subsistiría un problema sin solución: la Madre Tierra está podrida definitivamente. Podrida hasta el cielo.

-¿Compramos dijo, señor? A la sabandija, sin duda.

-Vamos comprando a los líderes de los focos de guerra peligrosos, con ideas, que surgen acá y allá. Gastamos así descomunales cantidades de dinero. Pero entonces ocurre algo irremediable. Ellos traicionan, pero no saben como llevar las cosas luego para que la tropa no se rebele de nuevo. Así que al fin los derrocan, por traidores y suben otros de abajo... Compramos a estos, se transforman en traidores y nuevamente recurrimos a sobornarlos... Quiero decir que en la mayoría de los casos los compramos. Están en venta... En realidad lo que quieren es estar en nuestra posición... Hablan de ideales para convencer a la tropilla. Pero se desviven en sus vidas personales por nuestros privilegios y nuestra forma de vida. Así siempre ha sido fácil comprarlos. Sus cerebros y corazones quieren lo mismo que los nuestros: privilegios, privilegios y privilegios. No existe en el hombre otra voluntad. Genéricamente, y en la Tierra, por lo menos... No tienen otra idea mejor. La mentalidad es la misma. La nuestra y la de ellos, por eso nunca lograrán nada... Existe, además, algo misterioso que les impide cambiar. Les es imposible ser mejores de lo que son. Para resumírtelo: nuestra mentalidad reinará siempre. Nunca nos podrán tumbar del pedestal. Nunca.

-Nunca lo había pensado así. Siempre creí que tenían ideas distintas sobre dios y el mundo.

Necat sonrió y movió la cabeza.

-No lo habías pensado. Pero es algo que está ahí, a la vista. Nunca nadie lo dice. Nunca en la historia lo dijeron, y tal vez nunca lo dirán... Pero los hechos lo dicen. Sólo los hechos valen y demuestran lo que dije... Es un asunto complejísimo, que no vale la pena examinar ahora. ¿Qué más da?... Tampoco creo que te interese, ¿verdad?... Pero, volviendo a tu problema... Con el teñido, ustedes no sobrevivirían mucho allá. No puede ser de otra manera. ¿Lo entiendes? Es necesario que lo entiendas. De otra manera no podrías seguir en el servicio. Estarías desconforme, y te volverías peligroso para todos. Por eso les han pintado la cabeza a todo, para que no tuvieran retorno. Está claro como el agua.

-Sólo he hablado esto con usted, señor. Es confidencial, por dios. Y sí, me doy cuenta de eso de las cabezas teñidas.

Necat extrajo de un bolsillo de la chaqueta un fajo de billetes, envueltos en un sobre con un cierre. Dio unos pasos y lo dejó sobre el escritorio. Miró a Rupérez, que lo miraba envarado, avergonzado, tal vez por haberse puesto a confiar sentimientos.

-Cómprase algo importante. Viva su vida y no piense mucho.

Rupérez miró el fajo, y luego al hombre. Sintió, alarmado, ganas de llorar. Carraspeó sin saber qué decir.

-Una noticia -agregó Nekat, con la mano sobre la puerta-: El coronel murió. Un ataque.

Rupérez asintió. Aun temía que su voz delatara los sentimientos de debilidad que se le habían agolpado en el pecho, con una vergonzosa opresión. Sin saber por qué, presintió que tampoco vería más al jefe.

-Sí, sé que no lo quería nadie -afirmó éste-. Pero, no era un mal jefe. Te dejaba estar tranquilo acá... Había estado en un junta conmigo, y salió para hablar con el Director... Lo hizo y se le rompió algo. Definitivamente. Al parecer, reventó con excesiva sangre... Pobre desgraciado.

-La vida, señor -meditó Rupérez con voz casi inaudible y la mirada baja, más turbia y profunda que nunca, y la sensación de que se iba a quedar solo en el planeta de allí en adelante.

-La muerte del viejo puede cambiar la política acá. Estoy en condiciones de aplicar cierta influencia en las decisiones allá... Si logro colocar a un hombre mío, y a otros con influencia acá, no te olvidaré... Es una promesa. Si no tengo suerte, ya sabrás del nuevo jefe y seguirás en lo tuyo, sin duda.

Rupérez no apreció un menor abatimiento cuando Necat cerró la puerta. Sintió en el pecho el peso físico de una intolerable soledad. Miró el reloj, miró largamente el fajo de billetes sobre el escritorio, pero no lo tocó. Era temprano aún. Tenía aún ocho horas horribles por delante, hasta que anoheciera, y la tarea lo distrajera e hiciera algo por él. Debía moverse, por lo menos. Fue al baño, se cambió de ropa, se lavó las manos y la cara con jabón. Luego se sentó al escritorio y permaneció silencioso, con la mirada perdida sobre la jaula del chimpancé. A medio día le trajeron la comida, que ni tocó. Se quedaría sin una tarea interesante, de nuevo, y sentía, además, físicamente, la distancia del protector más que del viejo jefe. Ahora, recibiría tal vez ordenes de otro tan respetable como Necat. Temía que toda esa debilidad repentina que lo atacó no tuviera remedio: era la nostalgia, la llamada de la Tierra. Tal vez sólo fuera eso, y aquel chimpancé, allí, sin saberlo, se lo estaba diciendo... A su manera...

Siguió durante horas rígido contra la silla, con la vista perdida, mientras su aspecto atrabiliario pareció crecer y fortalecerse más, erecto, respirando imperceptiblemente. Al fin, movió un brazo y encendió la pequeña placa. Trató de sintonizar las estaciones de la Tierra. La misa desde la Nueva San Pedro, algún partido de fútbol en algún mega estadio famoso. En la pantallita solo pudo captar la tormenta magnética que rasgaba el sonido y las imágenes. Tomó la bolsa con el fajo de billetes y la guardó en un fichero, sin abrirla. Extrajo del archivo metálico el Consolador Psíquico (que prefería por sobre la docena y media de otras drogas e ingenios que atesoraba allí), y antes de colocárselo cerró la puerta con el pasador de acero. El abatimiento comenzaba a resultarle intolerable. Con la mirada perdida en la jaula del chimpancé, y el Consolador aferrado a la cabeza, lloró. Lloró en silencio, sin moverse. Lloró por la Tierra, que sentía como su madre, por el Buenos Aires de su niñez, lloró por las largas peleas a trompadas con los niños a la salida de la escuela y, más aún, por su formación espiritual... en lo que había entregado su fe. Poco a poco, el consolador lo fue librando que aquel peso atroz, lo fue haciendo olvidar, y su cara delgada y pálida en el fondo oscuro del sótano, con la mirada roja ennegrecida y brillante, y sus escasos pelos erectos, empezó a modificarse para adquirir cierta actitud beatífica, casi feliz. Pronto el Consolador chasqueó con la primera advertencia del tiempo cumplido. Rupérez abrió y cerró los ojos, se quitó cuidadosamente el aparato, lo guardó en el estuche y lo devolvió al archivero al que puso llave. Se acercó a la jaula donde se movía en silencio el chimpancé y se detuvo a mirarlo con los brazos en jarra. El animal se acurrucó aterrorizado en un rincón y empezó a mecerse y a gemir golpeándose desesperado contra el tejido de acero. Rupérez apenas veía en el cuerpo negro los pequeños brillos de los ojos que lo observaban atemorizados y atentos. Se encogió de hombros, extenuado por las decepciones del día, y volvió lentamente hasta la silla del escritorio.

Más tarde, llamó al "médico" y le ordenó que preparara al paciente para la noche.

-Tiene que caminar -le dijo-. Cincuenta metros. No importa cómo lo hace, pero lo quiero caminando. ¿Cuántas veces le dije que pidiera la carretilla?

-Cinco veces y por nota. Son unos atorrantes.

Entrada la noche, en la casa segura no quedaba más que el personal de guardia, los detectores automáticos y los modernos perros de presa acerada. El señor Rupérez se vistió con la ropa de calle, extrajo de su portafolios la cuerda de piano con las manijas y las guardó en el bolsillo. En la pieza de tareas, el médico había vestido al doctor Pigot con un traje que le quedaba demasiado grande y una corbata roja; el cuerpo estaba inerte, tirado sobre el catre.

-Está inconsciente.

-Eso no me interesa -dijo Rupérez-. Levántelo. Hágalo caminar.

-Pues hágalo usted -replicó el médico-. ¿No ve cómo está? Este no se levanta más.

El señor Rupérez se agachó hasta el catre.

-Está bien. ¿Qué más da?... Pero tendrá que ayudarme.

En la puerta de salida, el oficial de guardia los roció con el vaporizador contra los perros y apagó algunas luces externas a pedido de Rupérez.

-¿A él también? -preguntó señalando a Pigot.

-¿Quiere que las bestias lo faenen antes de que cumpla con mi deber, señor? -Rupérez habló entre dientes, con una media sonrisa-. ¿No les da de comer a sus bestias, señor?

El hombre roció el cuerpo de Pigot, que estaba en los brazos del médico. Los tres hombres salieron al patio. La noche era apacible y limpia, sin ninguna tormenta de polvo en el horizonte, y del suelo, hacia donde se mirara, se elevaba el rojo resplandor del planeta.

La jauría de perros grises se lanzó hacia ellos y se detuvo, drásticamente, a unos metros, aullando con furia.

-No perdamos tiempo -dijo Rupérez, dirigiéndose al fondo del patio.

-Esto es totalmente irregular. Esta no es mi tarea -protestó jadeando el médico, tratando de seguir los largos y rápidos pasos del otro-. Parece que no, pero como pesa este petizo...

Se detuvieron contra el alto muro, frente a la sepultura. Al lado había un gran cajón lleno de arena, dispuesto para ser abierto por un costado y soterrar la fosa.

-Colóquelo al borde, con las piernas hacia adentro -dijo Rupérez sacando la cuerda de piano del bolsillo.

-Creí que iba a ser más expeditivo y mandarle la tierra arriba -observó el médico-. Así no nos ensuciamos.

-Cierre el pico, y haga lo que le ordeno.

El médico quiso acomodar al doctor Pigot cuidadosamente en el borde, evitando que cayera al pozo. Pero el cuerpo se le escapó y lanzó un quejido al golpear el suelo. De inmediato, como advertido de que la muerte lo estaba por cargar, el doctor recuperó de repente la conciencia, percibió a los dos hombres, y dijo con una voz desgarrada y sorprendentemente lúcida:

-¿Dónde estoy? ¿Qué me van a hacer?

Rupérez y el médico se miraron en silencio.

-Rápido, tómelo de las manos y no lo suelte -dijo Rupérez.

El médico titubeó durante un segundo y entonces el moribundo, desesperado, se agarró a la pierna de Rupérez, quien al instante vio que la cuerda de piano, inesperadamente, se le había enredado. Los tres hombres empezaron a forcejear entre la jauría que, olfateando las inefables formas de la muerte, empezó a aullar con un ataque de furia no común. Rupérez golpeó con furia la cabeza al doctor Pigot y este resbaló por el borde del pozo arrastrándolo por una pierna.

-¡Le dije que fuera más expeditivo! -gritó el médico tomando a Rupérez por la solapa del saco antes de que desapareciera en la sepultura.

-¡Maldito sea! ¡Sosténgame, imbécil!

-¡No puedo! ¡No puedo! -gritó el médico quedándose con la solapa en la manos-. No sé por qué cavaron tan hondo los hijos de perra.

Sin embargo, Rupérez recuperó la suerte profesional que parecía haber perdido. Cayó clavándole una rodilla al pecho del pequeño cuerpo moribundo, que lanzó un postrero y espantoso estertor cuando se le hundieron unas costillas. Arriba, el médico no tardó en encender una linterna para iluminar el fondo del pozo, que no tenía más de dos metros de profundidad.

-¡Está bien eso! -aprobo Rupérez con cierto agitado alivio en la voz-. Ilumíneme, que ya termino.

Estaba encima del doctor Pigot, con las rodillas sobre su pecho, y le temblaban tanto las manos que no podía deshacer el nudo de la cuerda de piano. Al fin, sin lograrlo y presa de un repentino ataque de rabia, tiró de los extremos de la cuerda hasta que el múltiple nudo se corrió, achicándose en el centro de la cuerda. Rupérez sonrió de sopetón. No era tonto. Captó la idea al vuelo: sin hacer nada de su parte, el destino una vez más perfeccionó por él un instrumento inapreciable. Aquel nudo en el medio del acerado hilo daría a cualquier trabajo el toque del artista. (Vio y ratiocinó en un segundo, acaso; y en el segundo siguiente, pensó con agudeza: "Y los imbéciles creen que somos retardados que solo cumplimos ordenes de los ricos, que no sabemos nada...")

Entonces, ya sin prisa, levantó los brazos con elegancia, como si dirigiera una sinfónica, y agarró por los cabellos al doctor, desplazó el acero por su cuello y comenzó a tirar con la terrible potestad que le daba el sentido del deber.

Desde arriba, el "médico" observaba agachado contra el borde. Cuando el señor Rupérez introdujo los dedos en las fosas oculares, el médico no pudo soportarlo y apagó la linterna tirándose hacia atrás.

-¡Sabandija cobarde! ¡Déme la mano! -gritó Rupérez algo después.

Cuando volvían a la casa segura, cansinos y sucios de tierra, rodeados por la furiosa jauría de perros que los seguía zumbando como un enjambre, el señor Rupérez, orgulloso, no pudo retener una sentencia:

-¡Todos ustedes, los ranas, quieren ser ricachos y figurones de televisión!... ¡Pero no hacen nada para serlo!... ¡Cobardes del demonio!... ¡Ranas del infierno!... Vade retro Satanás y, atentos, me persigno como corresponde.



## LOS DE PROCARDUS

### I

La nave orgánica en forma de burbuja había entrado por la ventana de la mansión y se había posado sobre el pico de la botella de soda. Luego se movió, por razones de acústica, y se posó sobre el borde del vaso del hombre mayor que había depositado el vaso sobre la mesa baja. El CIPHER que conducía la nave consideró que esa posición era plenamente segura.

La tripulación constaba de seis seres CIPHER. Un piloto, un experto en comunicaciones y cuatro peritos de Inteligencia, especializados en la observación de los comportamientos humanos. Junto a la nave, todos habían sido cipeheados no hacía mucho, en una profunda cueva en la ladera de un cráter lunar. Su finalidad era observar aquella reunión y lo que pensarán, tratarán y resolvieran en ella los tres jefes terrestres destacados en el planetoide.

Los CIPHER eran algo similares a los humanos solamente en el arte de poseer cuatro miembros, un tronco y una cabeza con cerebro y unos insignificantes sentidos. Eran disímiles en todo lo demás. Tenían cuerpos traslúcidos, con un brillo inestable; sus manos de dedos largos tenían una articulación más; podían comunicarse con plenitud sin abrir la boca, y, por ello, podían leer en la mente de sus congéneres sólo cuando se comunicaban. Cuando estaban frente a seres inferiores podían sentir sus órganos, la molienda de sus mentes, el despliegue de sus sentimientos. Sexualmente también eran distintos... Estas cosas no significaban mucho para ellos, pero cuidaban la diferencia definitiva que les concedía una experiencia vital de millares de años de vida consciente y responsable en el cosmos.

En tan prolongado ejercicio, los CIPHER habían percibido y luego dominado algunos modestos misterios y conocimientos de la vida universal. Un descubrimiento en especial les había hecho perder, o apartar como inútil, cierta noción relacionada con algunas dimensiones. Ese conocimiento les permitió el dominio del tamaño de la materia densa hasta lo que denominaríamos unas once leguas terrestres y un cuarto. Esta disposición fue, quizá, uno de los más útiles inventos de la raza para sobrevivir a la inefable vorágine del Señor del Universo, el Caos. Aunque once leguas en medidas universales, sean algo insatisfactorias, el invento, en cambio, cumplió con los parámetros de lo aceptable para la mente CIPHER (ellos siempre fueron en extremo modestos por conocer tan poco, y este grave menoscabo siempre les impidió acercarse en genio y figura al primer creador de los creadores infinitos). Tal vez fuera esta la razón de que jamás hubieran comprendido el concepto terráqueo del tamaño, la suerte y los colores con los cuales nacían. Pues les producía gran desconcierto la importancia que en la Tierra le daban, por ejemplo, a unos ojos de tal o cual color, o al tamaño del reducido apéndice, el cual concentraba toda la energía y casi todo el tiempo y se mantenía en absoluta vigilancia y ocultamiento bajo las telas. Eso en los estudios y análisis de la vida práctica terrestre. Tampoco comprendían, en su inconmensurable ignorancia y en el espacio de lo superficial, la importancia de la conformación y figura de un determinado esqueleto, hecho que definía, tarde o temprano en la vida del humano, ya fuera su bien momentáneo, o su ruina final asegurada.

Ahora, como infinidad de veces anteriores, habían recurrido al cipeheado en una cueva lunar o marciana o en un asteroide que al pasar los llevara sin gastos de energía alrededor del sistema. La cueva no era mayor, supongamos, que un elefante terrestre, y ellos se habían adaptado a ese tamaño, considerando que no eran más de cien observadores atentos al asunto. Se habían reducido a un centímetro, con lo cual tendrían espacio para moverse con holgura, además de poder acondicionar las naves, digamos, en la cabeza del elefante. Pero, para penetrar en la sala de la inocente mansión, se habían tenido que volver a reducir. Se llevaron al tamaño de unos micrones, proporción que también tomó la nave burbuja con la cual llegaron a la soda y luego al vaso del terráqueo. Aquel terráqueo con uniforme y medallas en el pecho, tan averiado por el tiempo.

Una vez allí, se concentraron cómodamente sentados en sus butacas anatómicas adosada a las paredes de la burbuja. El piloto, muy confiado, dormitó sobre la consola de mandos, mientras el experto en comunicaciones manejaba las registradoras, y los peritos en comportamiento observaban los mínimos gestos, inflexiones de voz, palpitations, funcionamiento de órganos, presión sanguínea, pensamientos, etcétera, de los tres humanos sentados alrededor de la mesita llena de botellas con mezclas de alcohol y anchos vasos de cristal.

En eso, ocurrió un accidente sorprendente. El piloto, que había pronosticado una seguridad absoluta para la estadía en el lugar, no se despabiló a tiempo (la falla fue de su reloj interno, y no por el hecho de permitirse la pequeña siesta). Y además, como declaraban los registros, la reacción psicológica del viejo humano uniformado fue imprevisible. Se iba, ya había abierto la puerta y, de súbito, volvió y puso el vaso en su boca, empujando el líquido, con la nave burbuja, a los confines de su escoriado estómago palangana.



Cuando el piloto se despertó por la sacudida, la nave estaba inmersa en el ácido gástrico y el diagnóstico y los cálculos fueron alarmantes. Carcomería las paredes orgánicas en treinta y un minutos.

-Eso tenemos -dijo calmadamente el Cipher Uno, que era, además, el más arrugado y rechoncho-. Creo que tendremos tiempo de oír la comunicación que mantendrá con el Director. Programaremos la salida para el último instante y analizaremos las posibilidades de pasar inadvertidos sin dañar el cuerpo... Dos, calcule todas las posibilidades e imprevistos. Seis, usted trate de mantenerse despierto. Tres, agudice la escucha, por si hay alguna dificultad con estas paredes de carne con grasa.

El coronel tomó asiento nuevamente, ingirió varios tragos de licor que tenía oculto en un cajón, se limpió la nariz con un papel, y finalmente se comunicó con el Director en la Tierra.

-Todo está solucionado, señor -dijo cambiando el tono de su voz a los parámetros del subordinado eficiente.

-No me ofrezca detalles, coronel. Yo no confío ni en el quintuple decodificador, y este que usamos es inferior, según me consta.

-No hay de qué preocuparse, señor. Todo está controlado. Hoy barrimos el lugar. Todo está muy limpio por acá. Además, usted sabe lo eficiente que es Necat para la higiene. Sin embargo, lo he tenido bajo mi vigilancia constante. Así interpreté mi deber, aunque usted lo designó a él, señor, para el caso...

-Naturalmente. El estaba cerca del... le diré... asunto. Trabajaban juntos. Cuando desapareció, lo hice seguir en seguida. Sospechábamos que algo así podía estar ocurriendo. Aunque, en cierta forma, fue una sorpresa, a pesar de que... Ya muchos desconfiaban. Su aspecto, el asunto... Había algo raro, me lo había advertido Necat. El asunto, en fin, tenía unos métodos raros. Lo habían capturado varias, veces, y había salido ileso. Era raro, era raro... Era, además, demasiado blando. Desconfiable, era desconfiable...

-¿El asunto, señor...? Se refiere a Procardus.

El Director no dijo nada, considerando que había hablado mucho sin que el coronel lo entendiera. El coronel intuyó qué significaba la expresión del jefe a través de la pantallita. Habló con agilidad, para menoscabar su torpeza:

-Lo entiendo perfectamente. ¿Algo más, señor?

-Necat me traerá personalmente los informes. Es mejor así, coronel, aunque usted no parece haberlo entendido. Como le dije, no confío en nuestras comunicaciones.

En este punto la charla se cortó, y el Cipher Tres hizo un gesto, como si cortara el aire con la mano.

-Esperemos algo más -dijo Uno-. Tenemos diez minutos aún antes de que las paredes de la nave no resistan el traspaso de este cuerpo.

-Creo que será igual que esperemos o no -opinó Dos-. Las posibilidades de que el cuerpo vomite son mínimas. El movimiento del vientre ocurrirá dentro de cincuenta y tres horas, considerando que es un organismo precario en rápida degradación biológica, con intestinos nerviosos y perezosos. La nave está desprovista de vomitivos y de cualquier droga que pudiera provocarle una convulsión. No tenemos otro modo de salir, salvo hacer el intento por la boca o la nariz.

-¿Qué propone usted, Cuatro...? No había otra forma de situarnos tan cerca y ser invisibles si no hubiéramos usado materia orgánica.

-La única posibilidad es el cipheo. Propongo un aumento que nos lleve a unos cinco centímetros, en dirección opuesta a la columna. Salimos por el frente, dañando lo menos posible. Con el azar de su parte, el humano podría salvarse. Una vez afuera, volvemos en un microsegundo al tamaño actual, y regresamos a la base.

Durante un largo minuto ningún Cipher habló.

-Esto es terrible -dijo Uno, llevándose las manos a la cabeza, extremadamente ojival y calva-. El cuerpo no lo resistirá.

Hubo otro silencio con las características del pesar por la culpabilidad irreversible, y a la vez, los resplandores que emitían sus cuerpos llegaron a tal colapso que tuvieron que aumentar la luz que salía de las paredes.

-¿Se revisaron las alternativas?

-Hubo ciento tres alternativas responsables, y once mil doscientas tres al estilo terráqueo. Solamente nos liberará la que he mencionado... Si lo llevan a tiempo, a pesar de la debilidad y degradación biológica, tenemos un cuarenta y siete y medio por ciento de posibilidades que lo cierren y lo salven. He trazado la ruta ventral que afecta menos conductos sanguíneos; habrá un gran desgarró y una mínima hemorragia.

-Muy bien -dijo Uno-. ¿Pero si nos redujéramos a algo menos, a unos milímetros, por ejemplo? ¿No haríamos menos daño?

-Al contrario. Sería más peligroso para nosotros, e igual para el cuerpo. Hay una buena posibilidades de que los músculos resistan y nos devuelvan a la cavidad... La nave ya está muy blanda por el ácido, ya no podemos aplicarle gran velocidad. Es necesario algo drástico, con la fuerza de salida y la dimensión exactas, ni más ni menos. Salvo que usemos un método con energía atómica, pero entonces la radiación residual destruiría al hombre en pocos minutos y también nos afectaría mortalmente.

-Parece que el cipheado será, una vez más, nuestra salvación.

-Adelante -ordenó Uno, recostándose en el sillón, a la espera de que los brillos internos empezaran a reavivarse y los fortaleciera. Mirando a sus congéneres, agregó-: Siento que no es el momento para reflexiones especulativas. Salgamos de acá.

## II

En la parte oscura de la Luna, en una zona desdibujada y casi ignorada por los volcanes, cribada de cráteres, de burbujas interiores o gigantescos meteoritos, se sitúa uno de los circos menos agraciados y más difusos del satélite. Esta fealdad, tal vez, hizo que aún se siga llamando para los terráneos el Circo Kurchatov, aunque los nombres de las zonas cercanas algo más vistosas fueran cambiados varias veces, según los devaneos políticos de la historia terrestre (como si fuera los nombres de sus calles).

Infinidad de estrías marcan las escabrosas laderas de la cordillera por el lado interior, pero solamente tres permitían la entrada a la colonia Cipher. Allí vivían cien mil miembros, reducidos a lo que consideraban un justo tamaño en armonía con la Luna. Las hembras medían unos veinte centímetros y los machos algo más.

En una de las mayores bóvedas, alrededor de una gran mesa circular (para el Cipher la mesa circular era el símbolo de la igualdad) estaba reunido el Consejo Zonal de veintiún miembros designado para tratar las relaciones unilaterales con los terráneos, propiamente llamada "La Misión". En las bóvedas la temperatura era constante y los Ciphers se cubrían con ropas livianas, muy similares. En el salón no había demasiada luz artificial; el brillo intermitente que despedían los cuerpos aumentaba la visión y producía el descanso necesario para las exposiciones de ideas, propuestas y resoluciones de cierta importancia.

-El Cinco es el miembro más antiguo -dijo Veintiuno, al inicio, observando su esfera luminosa de plasma frío.

El Cinco era un ser de doscientos trece años, con las facciones largamente ovales, aunque su cuerpo exhalaba un brillo con tonalidades doradas de grado algo superior a los demás brillos.

-Debemos considerar hoy el accidente del hermano Procardus. Como hay fallas en nuestra relación con los terrestres (ya que tenemos la certidumbre de que saben que existimos) debemos establecer nuevas normas de conducta y otras técnicas flexibles. De otra manera, pronto estaremos rompiendo más de una estipulación del Codex, lo que es inaceptable y peligroso para la Misión.

Cinco hizo una pausa y observó a sus congéneres, esperando alguna observación o idea novedosa.

-Hemos cometido tremendos errores en el pasado próximo, aunque considero que, ahora, en general, la política es convincente. El caso de Procardus no afecta en mucho nuestra vigilancia de lo terrestre. Sabemos desde hace mucho que se hacen los tontos sobre nuestra vigilancia. Sabemos que se hacen los tontos para sacar ventajas militares, si pueden, y robar nuestra tecnología en el accidente que ocurra. Ellos saben también que sabemos esto, habían dado con Procardus, lo perseguían, así como tratan de detectar a los demás observadores, o la más mínima pulsación de nuestra actividad.

-Esto lo sabemos desde siempre.

-Pero debemos partir de esto para corregir las negligencias.

-¿Qué consideraría el Códex, modificado a la fecha, errores tremendos en el pasado? -preguntó Once.

-Según el informe, comprometernos con algunos de sus conductores, en muy diversas ocasiones. Dejarles reglas de convivencia. Dejar que nos creyeran hacedores del Universo... ¿Recuerdan lo de Moisés? ¿Recuerdan todo el fingimiento que promovimos con tan buenas intenciones? Torpemente, no previmos las consecuencias... Decirle a los hebreos que eran el pueblo elegido, favorecerlos para escapar del Faraón y haber fomentado todo el problema posterior. Fue absurdo lo del ocultamiento en el monte, la subida y bajada del hombre con los mamotretos de arcilla y toda la farsa siguiente. Luego ocurrió la broma del Arca de la Alianza parlante, con nuestros hombres dentro, descubiertos, y la consiguiente eliminación de aquellos pobres ignorantes. El asunto de abrir las aguas para que huyeran impresionando con diversos actos de "magia" al resto de las tribus... Desencadenamos algo que ha traído consecuencias funestas para ellos hasta hoy. Igualmente, nos mostramos en la India mucho antes, con consecuencias acaso peores para ellos... Lo peor es que el Códex, ya entonces, contemplaba implícitamente el error de contaminar con nuestro concepto de la vida a razas de naturaleza distinta, que sólo los milenios tal vez puedan acercarnos a nosotros.

-¿Solamente éstos fueron los errores a corregir hoy?

-El asunto Procardus nos trajo a esto, nos sacó del limbo de los siglos. El Códex no se dedica a minucias. Pero considero errores de menor grado, aunque ingenuos e inútiles, el regalo a los faraones. No teníamos que haber manipulado las pirámides. No lo digo por el hecho de haberlas situado correctamente, donde están, hasta que el eje terrestre no se modifique. Me refiero a las bromas que hacemos, modificando cursos naturales o plantando rompecabezas provocativos.

-Creo que eso ha sido superado con la nueva política.

-A eso quería llegar -dijo Cinco-. Opino que ahora debemos cambiar en algo la nueva política... Ellos han salido de la Tierra, han perdido tiempo yendo hasta Mercurio, se chamuscaron, pero ahora ya están en Marte, se montaron sobre los planetas enanos, y hasta colonizan planetoides inservibles, y rocas menores. Han descubierto las Curvas de tramo corto. Deben sospechar que podrían haber miles de Curvas hacia todos los lados. No imaginan siquiera que existe el Nódulo de Urano... Pero no bien lleguen a Júpiter y a Saturno tarde o temprano descubrirán las Curvas hacia otros sistemas. ¿Y cuánto creen que pasará para que encuentren el Nódulo? Entonces, dada la edad que tienen, y el estado en que están, tendremos un problema serio. Van con rapidez tras lo que no... Somos responsables de cumplimiento del Codex, y tendremos que reprimirlos si se alejan mucho.

-Eso ocurrirá de todas maneras muy pronto. Es algo inevitable. Sabemos que saben que no deseamos que se instalen definitivamente acá en la Luna. Les llegó el mensaje el día en que vinieron por primera vez, y nos mostramos con claridad... La jerarquía dominante lo sabe muy bien. Pero tal vez quieran saber qué límites les ponemos. Son demasiado tontos en lo grande, pero no tan tontos en las nimiedades, a pesar de todo lo que sabemos que hacen en secreto. Es una muestra de astucia manejar tolerablemente las bombas, aunque no hayan sabido manejar los residuos... Por ahora. Es evidente que son víctimas de su naturaleza. No pueden ser y ser lo opuesto a la vez. Tal vez, es muy probable que no quieran salir afuera. Pero lo harán porque han envenenado su lugar, y no tienen alternativa. Deben salir y entonces ahí tendremos que actuar. No debimos tolerar que llevaran su naturaleza a Marte, al planeta, a la estación lunar, y si seguimos concediendo...

Durante un largo rato todos se inclinaron sobre la mesa y manejaron concentrados sus esferas. Sus colores fluctuaban lentamente, como siguiendo una pesada respiración, pero no eran ya los colores vivos del principio. Las posibilidades y los cálculos y demás pensamientos los agobiaban, y el agobio penetraba en sus cuerpos menoscabando la vitalidad que se manifestaba en su policromía y sus transparencias.

-Creo que todos estamos de acuerdo, y establecidos esos hechos, nos queda la corrección de las tácticas -afirmó Cinco-. Tengo algunas propuestas positivas.

-Por el momento, hay once propuestas -dijo Veintiuno-. Pero pueden adicionarse más a medida que estudiemos la táctica... La estrategia es la misma, y no está en discusión. Cinco, si deseas, puedes empezar con el análisis de las minucias.

Cinco digitó durante unos segundos su esfera. Luego alzó la cabeza.

-Debemos corregir los errores graves como el de Procardus y el del piloto de la burbuja orgánica. No tuvimos control sobre el instante del cipeado en el caso de Procardus. No previmos la necesidad de crear un observador exterior adjunto, para evitar otras fusiones. Debemos establecer una comunicación para establecer el momento exacto del cipeado. Así, daremos seguridad a nuestros miembros en momentos inadecuados, y evitaremos esos accidentes. Lo de Procardus ha sido espantoso... Y luego, entre otras cosas, el asunto de confiar absolutamente en nuestros cálculos acerca de las reacciones humanas. Habían calculado que el militar no iba a beber del vaso, y de repente lo hizo. El piloto ha causado un desastre involuntario, aunque la pérdida ha sido de apenas un humano. Igualmente eso afecta nuestro historial. Ahora el humano murió y la tripulación de la nave está enferma y desenergetizada. No debemos fijar precedentes en el Códex Galáctico. No debemos modificar el curso humano en absolutamente nada, ni siquiera por un accidente semejante. Además, por otro lado, hay que considerar que ahora perciben mucho más que hace una centuria, cuando no veían nada. Debemos tomarlos en cuenta, como se dijo antes. Podrían hacernos algún daño, remotamente tal vez, y siempre sería inaceptable. Bastante daño nos hace el tener que estudiarlos, el tener que pensar en lo que son y observar con neutralidad lo que hacen, y en estar continuamente en guardia salvaguardando el Códex en el Sistema...

Los seres estudiaron sus esferas y digitaron las pequeñas placas y movieron con lentitud sus largos dedos para registrar nuevos datos.

-Todos están de acuerdo. Esa es la política -afirmó Veintiuno-. Se ha aprobado la corrección de los detalles erróneos. Podemos continuar.

-Tal vez habría que retirar de inmediato a todos nuestros observadores. Si están en peligro, por el cipeado, y, si no lo están, por otros medios menos evidentes.

-No estoy de acuerdo -manifestó Quince-. Confío en que no hayan más tentaciones como esa.

-¿Qué propone? Si los observadores viven como los terrestres quizá se contagien de sus gustos más arraigados.

-Habría que emitir una alerta. Que los que no están en peligro se queden para facilitar una modificación neuronal, o un proceso de esterilización total.

-He calculado ese detalle -dijo Cinco-. Pero el hecho es que esta es otra gravísima falla nuestra. No hemos cambiado nuestra apariencia. Hemos buscado, sí, miembros parecidos a los terráneos, con cráneos esféricos, y los hemos cipeado a su tamaño, pero ni siquiera hemos modificado su visión, aunque les hayamos quitado las

articulaciones de las manos por evidentes. Serán detectados por los ojos o los cráneos. Y los que usen anteojos de contacto podrán ser detectados fácilmente por los archivos de los oculistas. Debemos adaptarles los ojos, ya que hay muy pocos terráneos con esa clase de visión. Además, si desconfiaran de alguno, o lo tuvieran bajo vigilancia, podrían hacerlos entrar en contacto sexual y observar la indisimulable diferencia. O los pueden ver desnudos, y denunciarlos. El caso de Procardus los habrá llevado a pensar hacia eso. No tengo duda.

Ninguno dijo nada, ni digitó placa de exclusivos informes terrestres, pero muchos movieron sus rígidos cuellos para mirar a los costados ya con impaciencia. Empezaban a observar en la Misión demasiados agujeros.

-Es verdad -afirmó Quince, y sus colores rosados parecieron apagarse repentinamente-. Tal vez podríamos salvaguardar algo de tanto trabajo mal hecho.

-Asimismo, podremos arriesgarnos -propuso Cinco, que, al contrario, en ese momento resplandeció algo más ya que era muy optimista-. Es un hecho que tenemos a muchos muy parecidos a los terráneos, aunque nuestro aspecto más diluido igual denote, para ellos, una cristalina deficiencia mental, a la primera mirada. Y eso ayuda.

-Que nos crean idiotas nos ayuda bastante -acordó Quince, con una sonrisa-, pero no pienso que sea una creencia estable. El problema ahora será el de los sustitutos, para lo cual tengo una propuesta.

-Pueden descargar los informes en mi esfera o en la de Cinco -sugirió Veintiuno-, dada la urgencia del caso de los observadores. Yo, o Cinco, plantearemos los puntos por orden, de acuerdo a la urgencia.

Los veintiún Ciphers votaron sobre sus esferas en silencio, enviando luego sus informes a la esfera de Cinco que se transformaba entonces en un poliedro con más de veintiuna caras. En estas confluían todas las recomendaciones y aprobaciones y la información sería registrada de inmediato en el Códex Galáctico.

-Bien -dijo Veintiuno-. Cinco ha sido autorizado. Llevará la voz, aunque para agilizar la solución remitiré los datos de todos a cada uno y de cada uno al poliedro.

Algo más tarde manifestó Cinco:

-Debemos crear un centro de genética rápida para modificar y dar a nuestros observadores todas las condiciones físicas de los humanos, ojos, genitales, etc. También tendremos que sincronizar nuestra alma con el alma humana para que no haya conflictos espantosos como el de Procardus. Leyendo luego la sintonía nos anticiparemos a muchas de sus acciones, por irracionales que nos resulten... Los observadores deberán integrarse plenamente a la vida terrestre e informarnos de una forma inconsciente, sin retroceso posible y con absoluta seguridad para sus vidas. Los observadores no podrán romper el velo jamás, como le ocurrió a Procardus. Serán misiones en todo seguras, y debemos implementar mecanismos que los hagan inmunes a los sentimientos de tristeza terrestre frente a la muerte, o hacia el amor y asuntos similares. Así no sufrirán los padecimientos y terrores terrestres, y cumpliremos hasta con los pormenores del Códex. Asimismo, resguardaremos nuestro sistema anímico, nuestros colores vitales, ante un eventual accidente como este de la burbuja que fue tragada. Respecto al ácido que nos sorprendió, bien, enviaremos una recomendación para que prueben las nuevas naves en la atmósfera de Venus.

-¿No interpretará el Códex que nos proponemos crear seres sin alma para observar mejor? -preguntó Trece.

-Podemos verlo desde otro punto de vista. El de seres que dan la vida para mantener las leyes del Códex. Por otro lado, serán humanos en todo. Nunca sabrán que son antenas vivientes que registran y transmiten información. Cuando se retiren tendrán asegurada la modificación para que vuelvan a nosotros en forma original.

Hubo algunos minutos de silencio. Y hubo unos destellos de colores brillantes. Se podría apostar que se debían a cierto orgullo que los tocaba cuando meditaban sobre las posibilidades de creación y modificación de todas las cosas vivientes. Eran exiguos y modestos dones de dioses, y creían que los manejaban para el bien.

-¿Hay objeciones? -finalmente preguntó Cinco, que había acabado con las disposiciones del poliedro, que en sus hábiles dedos y sus palmas calientes había crecido y elaboraba en agitación todas las nuevas políticas dispuestas allí.

-Tal vez no haya nada mejor, sí -dijo Trece, algo cansado.

-A medida que avanzan técnicamente, nuestros sacrificios para mantener el Códex habrán de ser mayores. Es inevitable, pues sus habilidades destructivas y tiránicas serán mayores para lograr sus fines. No solo han quebrado leyes de su historia que parecían indemnes, sino que han revertido la historia. Consta en los registros del Códex que en muy pocos sistemas ha ocurrido algo semejante... Pero sus fines no están en discusión acá, los conocemos y no debe importarnos, como es la ley primera de la Misión.

-Pronto todo estará en orden de nuevo -sentenciaron el Siete, el Once y el Diecisiete casi a la vez uniendo sus pensamientos en uno que se manifestó.

Sin embargo, los colores de casi todos se depreciaron con una rapidez extraordinaria. La penumbra duró mientras meditaron sobre lo ocurrido y lo que habían oído. Luego, poco a poco, volvieron a tomar fuerza pensando



higiénicamente durante unos minutos en la vida en otros sistemas de la Galaxia que daban fuerza, así como buenas transparencias y poderosa vitalidad.

-Hay aprobación -afirmó Veintiuno digitando su placa y su esfera a la vez, al observar que todos habían terminado de realizar su ejercicio de higiene mental y que ya había una mínima armonía que permitía el buen curso de la reunión.

-Cada década se nos hace más difícil nuestra tarea de vigilantes y de observadores -dijo Once-. En cierta forma, es algo muy desgraciado. Opino que nuestra raza será reprobada tarde o temprano por ser tan vigilante. Son las órdenes, y son tristes, lo sé y lo acato.

-Proseguiré -advirtió Cinco, que, al parecer de todos, no quiso registrar el comentario-. Hay varias propuestas básicas para conformar a los observadores... Unificadas afirman lo siguiente. Los observadores deben tener las dimensiones y los colores que más atraen a los terráneos. Estos datos, sin duda, están en los registros, o los podemos extraer de las últimas estadísticas mentales terrestres porque cambian todo el tiempo (quizá ahora admiren pantorrillas de nuevo o tulipanes o conchillas). Aunque los padrones han sido siempre los mismos, independientemente del nivel espiritual del terráneo, existe el fenómeno que llaman "moda". Este es un hecho de lo más raro para nosotros, pero es importantísimo para ellos. No es más ilógico que el de atribuirle insignes virtudes a una estructura celular por encima de otra similar. Para resumir, los observadores nuevos tendrán que ser perfectos para los terrestres, sean machos o hembras, de acuerdo a la "moda" que promuevan en el presente. Y quizá convendría programarlos para que se auto modificaran de acuerdo a la moda. Aunque esto merecería un estudio, pues podría ser delator.

-Veo un acuerdo con estas buenas ideas -opinó Veintiuno.

-La política será la misma sobre dónde habrá que ubicarlos. Aunque mi idea, como la de Trece y Diecinueve, en este caso, es la de permitir el factor sexual, con modificaciones. Es un factor que jamás tomamos en cuenta y puede abrir todas las puertas. Después del amor por el Oro, es lo que más desquicia a los terráneos. Hemos descuidado las dos cosas, junto al aspecto de los observadores. Este prurito es necesario que sea abandonado de inmediato o en unos siglos habremos retrocedido. Pido la aprobación para hacer hincapié en el aspecto del Oro y de la Cópula.

-No hay oposición.

-Los observadores tendrán gran facilidad para obtener Oro, y hablo en sentido simbólico. Hagan lo que hagan ganarán Oro y lo reproducirán al máximo. Sexualmente, habrá que proveerlos de algo especial que los haga irresistibles cuando necesiten serlo, o repulsivos dado el caso, e impermeables a los sentimientos terrestres de amor y otros apegos. Sugiero la creación de ingredientes químicos para fijarlos a su estructura. Podrían estar vinculados al olfato, pero tendrían que ser mucho más potentes que sus pobres feromonas, y mucho más indetectables. Acá tendríamos que hacer algo de "magia" genética, y será la parte más sencilla e económica.

-¿No estaremos, con medidas así, yéndonos a los tiempos en que transformamos bastones en serpientes? ¿O todas las tonterías hechas en la corte del faraón...? ¿No incurriremos en "chistes" macabros como el de cebarlos con eso que llaman la Cabeza Civilizadora, o hacer que sus satélites registraran y les transmitieran fotografías absurdas e imposibles...? ¿No hay vestigios de esas bromas ahora?

El que manifestó esto era Catorce, que aún no había hablado y se permitía a veces preguntas incómodas siempre bajo la protección de su legendaria fama de optimista y defensor del Canon y del Códex, y además teórico de pocas palabras.

-No es así, me parece -dijo Quince quien era proclive a todo tipo de bromas y se había sentido tocado-. Opino que esas no fueron bromas. Pueden haber pasado por bromas. Fueron un claro mensaje a sus líderes... Lo propuesto ahora para los observadores sería algo congénito en ellos. No más de una herramienta para los fines buscados. Un medio...

-Y sobre las relaciones...

-Las relaciones serán las de antes. Mejoradas por la belleza y el dinero. Eso ya se estableció con aprobación unánime. Los observadores no deberán ser inteligentes, además, ni dotados más que en el sentido del Coito y el Oro. No será necesario invertir trabajo en dotarlos de algo más, salvo quizá modificarles lo necesario para que siempre se estén riendo y buscando diversión fácil, y no se muestren de otra forma.

-¿Descartaríamos la necesidad de hacerlos sabios, como lo era Procardus y son los que todavía sirven?

-No es necesario. Nos aseguramos así, de paso, que si hubiera una reversión imprevisible, como la ocurrida a Procardus, sus cerebros no podrían imaginar nada más. Caerían en un desorden mental que sustituiría las partes rasgadas de la cortina... y no servirían de nada a los terráneos.

-¿Y sobre sus relaciones sociales? -insistió Ocho.



-Estarán entre los dueños del Oro y de las armas. También entre los que tienen vestigios del mal del alma alegre y siempre sonriente y divertida. Estaremos de acuerdo en que es la clase que siempre cautivó a los demás. Es un entretejido inevitable entre ellos, y una llave maestra inmejorable para la Misión.

-¿Se aprueba hacer la sugerencia a los técnicos que injerten genes de pavo real a los observadores, alegría perenne, maestría en el divertimento, además de las sugerencias ya mencionadas?

-No hay objeciones sobre ese pormenor -informó Veintiuno-. Pero ¿cómo haremos para que aparezcan sin antecedentes familiares, millonarios como para entrar a esos círculos? No sería fácil. Habría que romper el sistema oculto de clanes, de familias. Además, tienen bajo un control absoluto el movimiento del dinero, y del Oro, por ejemplo, en todo su sistema, por medio de los ordenadores. Consideren que el sistema de soborno funciona para todo, menos en los millones de cursos en que se mueve su dinero. En eso de observar el dinero son infalibles e incorruptibles.

-No creo que sea difícil este punto -opinó Doce-. Podríamos gastar en toda la operación, por ejemplo, un gramo de oro. Lo fraccionaríamos lo necesario, y lo cipearíamos lo necesario. Podríamos obtener un millón de lingotes. Los observadores los encontrarían en sus cajas fuertes. Además, podríamos hacerlos ganar en los juegos. Podríamos hacerlos jugadores de algún deporte. Favorecerlos modificando resultados. Les facilitaríamos las cosas. Haríamos "magia". Sería fácil... Con su mente humanizada, los observadores jamás confesarían a nadie que la fortuna les cayó del cielo, sin hacer nada por ella. Quiero decir, creerían que fue dios, por voluntad de dios. Sabemos que hay pocas cosas que oculten más que su imbecilidad cuando es altamente premiada. Y siempre, en el caso de que los investigaran, e incluso los atormentaran o vigilaran, no podrían obtener ni una prueba que no son de los suyos.

-Eso suena bastante convincente -afirmaron Quince, Once y Tres aunados a través de las esferas.

-Es muy lógico. La naturaleza humana nos ayudará a que los observemos mejor.

-Todos parecen muy de acuerdo. Ahora... hay una idea nueva de Trece -sugirió Veintiuno mirando su placa terrestre en este caso-. Podría exponerla, si le parece bien.

-Gracias -dijo Trece-. Es un refuerzo y un aporte a las meditaciones sobre la Cópula sagrada. Procardus no fue el único que cayó. Hubo otros casos funestos, claro está. A nadie se lo cipeó en ese momento, pues el resultado hubiera sido el mismo. Se me ocurre que un lugar formidable sería introducir observadores en lo que ellos llaman "prostíbulos" para la clase de la cima.

Los colores de Trece no eran muy brillantes, aunque tenía casi doscientos años de edad y era un genio en comunicaciones mentales con otras galaxias. Se removió en su butaca, algo inquieto, al ver que sus congéneres no se expresaban. Además, él poseía una vista magnífica para observar el titilar de los colores de sus congéneres en aquel melancólico momento y para todo lo adverso.

-No creo que debamos llegar a eso -opinó calmamente Cuatro, que hasta allí no se había expresado, salvo por las propuestas y los votos de su ingenio digital-. No lo aceptaría el Códex, además.

-Opino lo mismo -dijeron Veinte, Quince, Catorce, Siete y Dos, todos a la vez, produciendo en el poliedro central un poderoso destello lumínico.

-Retiro la idea -admitió Trece, opacándose de forma preocupante.

Hubo otro silencio, y todos los congéneres observaron, con decaída expresión, cómo Trece se hundía en la butaca, y su verde claro se convertía en un verde turbio oscuro y trémulo, indigno de cualquier mirada Cipher.

-Desde luego -dijo Cinco al rato, tratando de mostrarse alegre y recordarles a todos su fama de optimista incorregible-, es verdad que esta idea de Trece tiene algo de bueno. Pienso, de acuerdo a mis años de estudio del carácter terrestre, que lo que propone está implícito ya en la elección de las formas. No es necesario que se le ponga un nombre, ni siquiera un nombre terrestre, al asunto. Tampoco los Vigilantes del Códex, o los Observadores Mayores podrían encontrarle alguna objeción. Que un ser humano, por tener ojos de determinado color, o una pelambre de otro color, sea transformado en un dios, y que acumule beneficios de otros por ese hecho insustancial, es una anomalía incomprensible para nuestra lógica. Si un trasero de hembra humana, por ejemplo, por un fenómeno desconocido aún para ellos, les produce un inmenso placer a la vista, y están dispuestos a trasladar parte de su Oro por la nimiedad de acariciarlo... Y den gritos y exclamen quejidos, y se golpeen... Como la propuesta aprobada sobre los colores y las formas. La palabra "prostitución", que abarca la vida humana, no debe tener el mismo significado para nosotros, no debe avergonzarnos el hecho de que estemos obligados a observar el fenómeno.

-Y además -subrayó alzando la cabeza en extremo oval-, no olvidemos que nosotros también sabemos de colores y sufrimos por las transparencias y vibraciones.

Cinco y los demás observaron a Trece, que seguía hundido en la butaca, casi sin colores, en la penumbra de sí mismo.

-¿Está de acuerdo, Trece? -preguntó Seis, levantando la voz, con una expresión vivaz.

Trece se removió inquieto y, de alguna parte oscura, vieron que se le escapó un juvenil destello verdoso. Luego le oyeron la voz:

-Bueno, ha sido muy atinada esa refutación. No podría oponer ni un argumento a su lógica.

-Prosigamos entonces -dijo Veintiuno, observando que Trece empezaba a recuperar, por lo menos, el verde sucio.

-Solamente faltaría establecer el problema llamado Orgasmo Terrestre -prosiguió Cinco, mirando su placa-. Debemos eliminar totalmente los vestigios de nuestro concepto de amor y orgasmo creativo fundamental. Los observadores tendrán que copular tantas veces con tantos humanos, que si usamos partes de nuestra concepción y estructura, podrían destruirse en días. En esto los técnicos tendrán que poner mucho cuidado. Si soy repetitivo, les debo una excusa.

Hubo otro intervalo silencioso y, para que no hubieran más ofensas, habló Veintiuno:

-Es fundamental lo que dice -afirmó-. Les recuerdo lo que está en la mente de los agentes humanos. Están detrás de cualquier anomalía que ocurra, pues saben que es lo único que podría detectarnos. Deben estar calculando que ahora cambiaremos el aspecto de los observadores. Solamente tendrán oportunidad de capturar anomalías extrañas, y las registrarán cuidadosamente en sus ordenadores en toda la Tierra, y con más astucia en los lugares de decisiones políticas y militares.

-Ciertamente -dijeron el Quince, el Dieciséis, el Cuatro y el Uno, a la vez.

-Hay acuerdo en hacer hincapié en este punto. Así es.

-También podríamos limitar el poder del enamoramiento -agregó cinco, fijándose en la esfera que ante la mera idea tomó forma de huevo-. Es una idea de Trece. Yo la apruebo. El llamado enamoramiento terrestre los deja totalmente trastornados, les cruza los cables emocionales, y cuando ocurre y la exageración toma vuelo, muy pronto todo se corroe hasta la destrucción. Los observadores deben usar el Oro y el Coito, deben vagar por los lugares de decisiones, y no estar abocados a copular y juntar Oro sin ningún objetivo. En este aspecto solamente deberán diferir totalmente de los humanos; sólo así se justifican.

Los colores de varios Ciphers destellaron en este momento, aunque Cinco, que lo advirtió, no pudo discernir por qué. Cinco observó, con placer, que Trece ya estaba erguido en su butaca, y su verde estaba pasando a la claridad digna de verse.

-Aprobado -afirmó Veintiuno digitando la placa de cálculos y casualidades terrestres.

-Aprobados estos puntos, quedaría el asunto de ratificar la estrategia desplegada hasta ahora. Pero, me gustaría que esta parte fuera expuesta por otro miembro. Me siento algo cansado.

-De acuerdo -convino Veintiuno-. Se vota por la placa de casualidades.

Fue elegido el Trece, que en ese instante titilaba ya con un tono de verde radiante. Miró la placa y dijo:

-Quisiera mencionar una dote que consta en mis estudios, y que sugiero agregar a todos los observadores. No es una cosa superficial que los técnicos puedan agregar por su cuenta. Se trata del concepto terrestre usado para enfrentar la verdad. Sé que el asunto del Oro y el asunto del instinto de Bombeo son fundamentales, pero el concepto sobre la verdad es algo de carácter misterioso, tanto como la creencia insostenible de que existe un dios para cada uno de ellos, en especial, para privilegiarlos en secreto.

-Desgraciada creencia mal entendida que se debe, en parte, a nuestros errores. Habría que reconocerlo -opinó Quince-. Deberíamos haberlos sacado de la oscuridad al principio.

-Pero eso estaba en su naturaleza antes de que el Códex nos designara en la Zona. Nuestros errores fueron mínimos, en mi opinión. Me sostengo en el hecho de que siguen creyendo en un dios individual, y, sin embargo, no han visto milagros jamás. Salvo que se consideren acá los milagros de lo que llaman "suerte" o trucos de magia. Opino, entonces, que es su genética natural. Otra cuestión es cambiarla.

-Podría ser el resultado de una mezcla. Tienen esa naturaleza, y, tal vez, con algunas señales los ayudamos a superarla.

-Estos puntos de vista no requieren un análisis ahora -dijo Trece-. Lo del pueblo elegido y otras sinrazones en otros lugares distantes son cosa del pasado, como ya se aprobó. Me referí antes a la virtud o habilidad que han desarrollado y que usan en todos sus manejos con la naturalidad de la respiración, y desde tiempos inmemoriales para ellos... Es un concepto extraño para nosotros y será difícil programarlo, por su versatilidad. Se trata de ese fenómeno de comprender una verdad y obrar de una manera opuesta a ella sistemáticamente, ocultándola para obtener un beneficio determinado. La mayoría de las veces, sin razón aparente para nuestro entendimiento, pues luego que perpetran el hecho no son más felices. Este es el fenómeno que deberíamos estudiar y tratar de entender. Sin duda, es un pretérito arte inexplicable para nuestro concepto de la existencia. Sugiero que hagamos hincapié en esto, y los

observadores tendrán un gran instrumento para sobrevivir y cumplir con la misión. Tal vez, el mayor. Como ejemplo, puedo volver al asunto de sus creencias. Creen en algo, pero hacen lo contrario de lo que los preceptos de la creencia aconsejan hacer. Creen en dios, pero no cumplen sus preceptos. Esto es dramático, porque por sus actos parece que no creen, aunque creen a pie juntillas que creen. Pero, el hecho es que creen realmente, porque en su intimidad tienen un vínculo imaginario, sincero y profundo, en lo que concierne a lo que necesitan que dios les de particularmente... Pero, aunque no lo comprendamos, no podemos dudar de la sinceridad de esa creencia no seguida, cuando, por ejemplo, donan fortunas a las organizaciones de sus dioses allí. Es un intrínquilis que tal vez se resuelva con un programa relacionado con el azar. ¿Qué opinan de este fenómeno? El de donar inmensas fortunas a sus iglesias para comprar favores en el más allá. Un negocio terrestre así no tiene parangón.

-No deberíamos pensar –afirmó once- en actos de la raza que nos destruyan por adentro. Los técnicos lo resolverán de acuerdo a los millones de observaciones y los padrones resultantes, sin que tengamos que pensar demasiado. Porque eso quema y destruye. Esa es mi opinión.

-No ser quemado ni dañado por esas visiones es una cuestión fundamental para el carácter de un observador. De lo contrario, si les resta algo de nosotros, ocurrirá lo que le ocurrió a Procardus. No soportó la diferencia y su psique estalló. No soportó la vida terrestre y buscó esa forma de escape por medio de la introducción del reproductor. Cuando huyó de la Tierra, ya su suicidio era inminente. Se desgarraba rápidamente el velo... El acople con la hembra es inexplicable para nuestra mente, pero es muy posible que ella lo haya enganchado. Desconocemos en la práctica el poder de eso. Tal vez, para él fue como volver al vientre por el orificio. Como salvarse a través del espasmo... Y el fuego los consumió.

-Bien, votemos con la placa -sugirió Veintiuno, al ver que nadie dijo nada por largo tiempo-. ¿La prioridad de los observadores será, o no será, la condición que llaman Hipocresía? Pues a esta notable condición se ha referido Trece, si no me equivoco.

Trece hizo un gesto de aprobación y sus colores resplandecieron con los tonos del orgullo. Aunque todo el resplandor de la inmensa bóveda se había atenuado dramáticamente cuando fue mencionada la “consumación por el fuego”.

-Si hay tiempo, me gustaría acotar algo -dijo Cinco-. Pongámoslo así. Las prioridades podrían ser tres. Oro, Bombeo Público y lo que llaman Hipocresía. Votemos las prioridades.

Los Ciphers meditaron durante un largo rato y luego manejaron sus placas y acariciaron sus esferas con maravillosa agilidad y dedicación.

-Será otro el orden -anunció Veintiuno-. Primero se programará la Hipocresía, por ser el primer instrumento de dominio, sin el cual no se podrá obtener el Oro. Luego vendrá el Oro, con el cual se puede obtener todo el Bombeo Público que se desee. Y finalmente esto del Bombeo y la inconsciencia y los desatinos producidos por sus espasmos alocados. Las cualidades siguientes, de menor porte, como pueden ser los aditivos genéticos del animal terrestre llamado pavo real, o un hedor sexual ultra potente, podrán ser desarrolladas por nuestros técnicos.

Trece levantó la mano.

-Ahora me referiré a la estrategia. Considero que debemos seguir permitiendo que nos avisten. Pero, que siga siendo la gente común la que lo haga. Y sin que pase de eso. Según los números, la consciencia de que estamos acá, o cerca de ellos, allí mismo en la Tierra, está casi plenamente afirmada. Debemos ir algo más lejos, con muestras más continuas de nuestra presencia. Podríamos llegar al límite de que sepan que "realmente" existimos, ante su pueblo, pero que, por algo, aún no hacemos el contacto. Así sus lazos con los jefes políticos y religiosos serán más débiles cada década que pase. Si tuviéramos que contactarnos, el trauma sería inferior y el desastre sería atenuado.

-¿Cuánto dicen las probabilidades que podrá extenderse esta mascarada? Nos hace demasiado mal. Más, diría, ningún Cipher de esta colonia creo que esté satisfecho con esta misión galáctica. La misión de la vida no puede ser esta. Ya hace demasiado que estamos en la misión y hemos perdido la memoria. No recordamos las funciones más dignas que cumplimos en otras zonas del Universo.

Hubo un largo silencio, ya que el asunto auto reflexivo salía de la orden del día, y perturbaba sin duda.

-Lástima que ese no sea el tema que tratamos hoy -dijo finalmente Cinco con voz débil-. Podríamos volver a solicitar un relevo al Códex. Es verdad. Pero este no es el momento.

Trece digitó en la placa, creyendo que era más conveniente proseguir con el tema prefijado. Era un experto en el cálculo de probabilidades, en casualidades, en lo aleatorio y otras infernalidades que vivían libres en el Sistema. Anunció:

-Es imposible saber cuánto durará la guardia. Centurias, milenios, ¿quién lo sabe? Los humanos y su medio son imprevisibles. Tal vez mañana empiecen a descargar bombas atómicas sobre Copérnico o en el Mar de la Serenidad, como lo llaman. Tal vez de repente adhieran en mayoría a la conducta aconsejada por sus santos, y sea

innecesaria la presencia del Códex. Porque, me pregunto, si no fuera así, de esta última manera... ¿Qué tendríamos que hacer?

Hubo un silencio y los Ciphers se concentraron en sus adminículos de información y ayuda. O, si quisiéramos, ordenadores de plasma líquido con vida propia. Cuando terminaron de calcular en las esferas mágicas hubo un mayor silencio aún.

-Nadie lo sabe -afirmó Trece despidiendo colores con un brillo que a alguno le pareció excesivo, aunque quizá se debería a su carácter de veleta terrestre perdiendo el equilibrio.

Cinco lo observó y miró a Siete, que alzó los hombros.

-Debemos seguir con la vigilia, como siempre -agregó Trece-. Pero quisiera sugerir algunas ideas para mantenerlos entretenidos... Sugiero que se construyan naves diversas, distintas a lo conocido. Tres o cuatro. Totalmente distintas y con mecanismos científicos que puedan darles que hacer durante décadas... Claro está, que los conduzcan a caminos totalmente erróneos en cuanto a la gravedad y a la barrera temporal, a los campos magnéticos, etc. Esto, seguramente los embarcaría por un riel adecuado... Naturalmente, será fácil entregarles las naves, como si las hubiéramos perdido por accidentes... Como siempre, pero calculando más las consecuencias, y ahora ya sin darles ningún indicio de nada. Los podríamos llevar hasta al Bien, si manipuláramos adecuadamente estas posibilidades. Ignoro por qué de una buena vez no los sacamos del animal, y nos retiramos a nuestra vida.

-Si habláramos de errores, tendríamos que ser condenados por darles los microcircuitos y la clave de los ordenadores, y cositas así, que ahora usan demasiado bien.

-Es una brillante idea -comentaron Veinte y Doce-. Me refiero a los indicios falsos. Pero las órdenes fueron así en aquel instante temporal. Incomprensibles, y, además, algo tendría que darnos el Códex para entretenernos, y justificarnos en la misión, así o de otra manera.

-El asunto del error es irreversible. Ahora, como colofón, sería extraordinario si perdieran centurias en una dirección falsa. Les haríamos un bien tremendo. Probablemente los pudiéramos salvar de sí mismos, o por lo menos depreciarían la auto crueldad, y dejarían la codicia de lado.

-Posiblemente los salvaríamos -opinó Cinco-. Es verdad. Podrían desarrollarse espiritualmente, aunque más no fuera lo posible. Pero no creo que antes de algunas centurias logren civilizarse, por lo menos para desechar para siempre el suicidio colectivo. En términos temporales, irían rápido.

-No veo qué otra cosa podemos hacer por ellos, siguiendo las órdenes del Códex... Y éste parece que jamás se equivocó.

-Por supuesto -afirmaron algo serviles Veinte, Dieciocho y Uno-. Es algo difícil con tantas décadas de miles de años de experiencia.

-Apruebo plenamente la idea de las naves y otros recursos más del mismo carácter que puedan idearse -manifestó Ocho-. Pero nada nos asegura que no las usen como usaron a la Cabeza Civilizadora. Voto, por esto, que se les entregue material completamente inerte, inocuo, y que no constituya ningún tipo de broma que transformen en macabra crueldad.

-Votemos -propuso Veintiuno, observando la esfera.

Al rato movió la cabeza afirmativamente.

-Voto, además, para que toda idea que refuerce estas decisiones sean consideradas en pequeñas comisiones desmenuzadoras de urgente ejecución.

-Se aprueba -agregó Veintiuno observando los momios de voluntad.

Hubo un silencio en el que los Ciphers estuvieron observando y digitando sobre sus plasmas planos y esféricos una vez más. Habían pasado algunas horas desde el comienzo de la reunión y los que tenían cierta edad ya estaban encorvados en sus butacas con los brazos apoyados sobre la mesa. Las tonalidades y, sobre todo los reflejos dorados, parecían haberse debilitado. Prosiguieron trabajando sin comunicarse, cada uno revisando las sugerencias de la sabiduría, mientras Veintiuno, que apenas tenía ciento sesenta y nueve años, y se mostraba muy descansado, seguía con orden el curso del directorio de tareas. Estas tareas luego sería repartidas a las subcomisiones de la Tierra, de las cuevas de asbesto de Mercurio, de los subterráneos de Marte, las burbujas de Júpiter y sus satélites, y de Saturno. Más tarde tendrían que ser aprobadas por el Códex Galáctico, y finalmente serían llevadas a los hechos con la mayor urgencia y precisión. Dispuestos los pormenores, dos horas después, volvió a hablar Veintiuno.

-Creo que no tendremos que consultar al Códex para rescatar a nuestros observadores en peligro y sustituir la genética y lo demás.

-Pero debemos aprobarlo entre todos. ¿Están de acuerdo de saltar al Códex en este punto?

-Por supuesto, informándole del hecho después -elucidó Veintiuno, subiendo la voz-. Votemos.

Luego de este acuerdo final, los Ciphers se empezaron a levantar lentamente de sus butacas. Algunos se retiraron en seguida a sus habitaciones. Otros se reunieron en grupitos. Un grupito, que caminaba hacia las habitaciones al norte del Circo Kurchatov, estaba integrado por Veinte, Once y Trece. Entre los tres sobrepasaban los quinientos años de vida consciente, pero todos se mantenían muy atléticos, y, cuando charlaban juntos, sus colores, opacados por el cansancio, volvían a tomar un nuevo vigor por el placer de la amistad de la raza. Veinte tenía un tono anaranjado y Once se inclinaba más al amarillo. Los tres, como el resto, habían compensando el cansancio de sus casi traslúcidos cuerpos con una mayor rigidez de la columna vertebral. Para mirar a uno u otro costado, debían mover lentamente todo el cuerpo.

-¡Qué bestialidad la de Procardus! -exclamó Veinte, aún excitado por los perturbadores temas de la asamblea.

-Debe haber sentido algo espantoso -dijo Once-. ¡Qué atrocidad hacerlo así! ¡Y para siempre!

-Yo he estudiado medicina terrestre y puedo inferir lo que sucedió -dijo Trece, y su color verde se inclinó al rojo trémulo-. La hembra lo captó. Estaba acostumbrada y Procardus pudo entrar, tal vez con alguna ayuda viscosa. Una vez allí, fue captado y... ¡Sería decente que cambiáramos de tema!

-Yo también estudié medicina -dijo Once, sin poder evitar que su amarillo también se tiñera de un rojo brillante muy vivaracho-. ¡Les puedo asegurar que murió como un perro! ¡Como un perro terrestre en la más indigna situación!

Siguieron caminando bajo las inmensas y maravillosas bóvedas del Circo Kurchatov. Se bamboleaban casi armónicamente, tomados del brazo uno del otro. Trece iba en el centro con la cabeza baja, y sus colores oscilaban excitados entre el verde más sucio hasta el rojo más brillante. Y los tres meditaban concentrados o preocupados y, a cada trecho del camino, uno u otro repetía con alicaída y avergonzada expresión:

-¡Qué misterio lo habrá llevado a eso! ¡Qué horrible misterio terrestre lo habrá asaltado y poseído!

-¡Debe ser una droga terrible!

-¡Y perruna!

-¿Cuántos años tenía?

-Era joven, tal vez por eso... Ciento cuarenta, creo.

-Es un baldón para la raza.

-Que no podremos ocultar a la comunidad Galáctica.

-De ninguna manera.

-¿Así que, como un perro terrestre?

-¡Décadas de miles de años de civilización! ¿Para qué servirán?

-¡Debe ser una droga terrible! Se trata de eso.

-Irresistible.

-Pero no condenable, pues no podemos comprenderlo.

-Naturalmente.

-Tal vez haya algo de la idea de la divinidad en ello.

-Para ellos, "eso" es irresistible una vez que los capta.

-Y para los perros terrestres auténticos, y otras bestias felinas y hasta líquidas.

-Tal vez, no sea tan malo, al fin y al cabo. La vida no se hubiera extendido allí, si no fuera muy fuerte.

-Si está relacionado con la idea de divinidad, no...

-Será demasiado fuerte para que mediten en el instante anterior sobre la divinidad.

-Seguramente no piensan nada. Los arrastra la sangre, que se acumula y los empuja a la inconsciencia. Y después, lo perruno se les escapa del alma, y se suspende toda autocrítica.

-¿Entonces, en resumen, sería la acumulación la que captó al hermano Procardus?

-Será. Pero, fue feo saber cómo terminó. Es feo observarlos así. No lo soporto, creo.

-El destino nos libre... ¡Seremos los hazme reír de la galaxia!

Empezaban a someterse a la vejez y quizás por eso se bamboleaban en exceso, aunque, enlazados por los codos, lograban una tolerable estabilidad. Y eso ocurría cuando iban a caminar más de cincuenta metros juntos. Eran miembros de una raza que había viajado y experimentado tanto, que ya casi nada los sorprendía ni interesaba. Y era



tan superlativa su experiencia, que todos los planetas les eran hostiles, por lo cual tenían que vivir bajo montañas, o en el suelo de los océanos de agua o ácido, en inimaginables burbujas vitales, protegidos por el gran vientre de sus maravillosos inventos. Entonces, como no había situación que no hubieran calculado, y sufrido tal vez, cuando se acercaban a los doscientos años, se sentían algo cansados. Luego, aunque anhelaran el deceso, no siempre obtenían tal indulgencia: la sabiduría y la experiencia tenían tanto valor para la raza, que jamás habían podido concebir algo que fuera más amable y respetable que el irse para siempre.

Obligados a vivir ejercitándose en la interminable y desigual lucha contra el Caos, se olvidaban de sus antiguas articulaciones, de sus carnes casi transparentes que comenzaban a desintegrarse, de los atroces dolores de sus osificaciones deformantes, hasta que se iban tornando rígidos, cristalizados y aún con vida. Para quitarle atrocidad a semejante hecho inevitable, a veces trataban de distraerse, como ese día, al fin de la asamblea, antes del descanso. Por eso, casi para divertirse, ejercitaban el aparato bucal, solos o con algún par de congéneres. Ya no le daban mayor legitimidad ni a las ideas ni a las opiniones ni a lo que pudieran expresar; simplemente les parecía bueno escuchar los armoniosos sonidos de sus iguales (aunque pudieran comunicarse mejor sin abrir la boca, si recibían la voluntad de los demás). Y cuando alguno preguntaba, con la mano en la frente, con ligera preocupación:

-¿Sobre qué departimos durante tanto tiempo?

Se daban a la risa injustificada, con armoniosos cloqueos y la plétórica felicidad del que no siente dolor, está limpio, y no desea nada.

\*\*\*\*\*



## Colofón

Tarik Carson da Silva, Tarik Carson o simplemente Tarik, para los amigos, nació el 23 de agosto de 1946 en la ciudad de Rivera, en la República Oriental del Uruguay y falleció en la Argentina, el 29 de setiembre de 2014.

Radicado desde 1976 en la Argentina, Carson, dueño de un estilo singular, autor de las novelas "Una Pequeña Soledad" (1986), "Ganadores" (1991) y "Océanos de Néctar" (1992), además de decenas de cuentos, es considerado por la crítica como uno de los mejores escritores de ambas orillas del Río de la Plata.

Sin embargo, es un desconocido para el gran público, inclusive para la mayoría de los aficionados a la CF.

Una de las razones de este desconocimiento es que ha publicado en editoriales pequeñas o de escaso tiraje y con ínfima difusión.

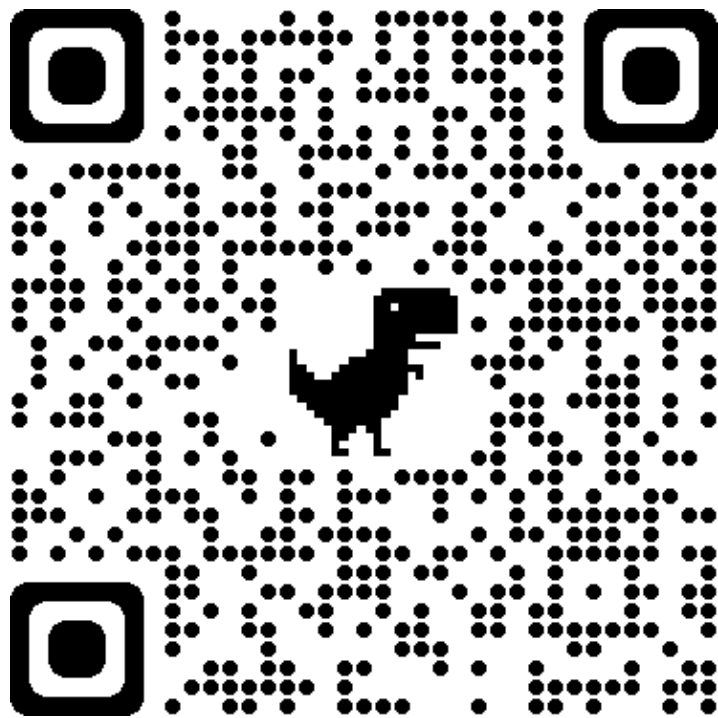
Esta edición digital de "Océanos de Néctar" intenta reparar, aunque sea mínimamente, esta verdadera injusticia.

Jorge Oscar Rossi  
Ediciones Liter Área Fantástica  
Mayo de 2021

## Indice

LOS DE MEIMI .....	4
LOS DE PROCARDUS .....	41
COLOFON .....	54
INDICE.....	55

~



~